

LECTURAS CATOLICAS

Diciembre 1923 - AÑO XXXVIII - Entrega 476

RASGOS BIOGRAFICOS

DE

Don JUAN PÁSERI

PRESBITERO SALESIANO

Director del Colegio Católico N. S. de Montserrat en Buenos Aires

TIP. y LIB.
DEL COLEGIO PIO IX SAN CARLOS 4050
BUENOS AIRES

Ediciones Económicas

PARA PROPAGANDA

Vida de Domingo Savio

Por el Vble. Don Bosco, diez centavos cada una, y ocho pesos el ciento.

La Virgen de Don Bosco

o sea Maravillas de María Auxiliadora

por el P. C. Ortúzar, veinte centavos cada una, trece pesos el ciento, y ciento diez el millar. : : : :

Luchas y Triunfos

o la vocación religiosa

por el P. E. Trione, veinte centavos cada uno, y dieciséis pesos el ciento.

Para pedidos: a la Librería del Colegio Pío IX, San Carlos 4050 Bs. As.

RASGOS BIOGRAFICOS

DE

DON JUAN PASERI

PRESBITERO SALESIANO

Director del Colegio de Santa Catalina V. y M.
en Buenos Aires





BIBLIOTECA SOCIETÀ SALESIANA
TORINO
Classe S. 2
N. E
Formato 52

Tipografía y Librería del Colegio Pío IX de Artes y Oficios
San Carlos 4050 ——— Buenos Aires



1-1140

Rasgos biográficos de Don Juan Paseri

PREBISTERO SALESIANO

« *Bonum certamen certavi; cursum consummavi, fidem servavi.* »

He peleado un buen combate, he concluido mi carrera, y he sido fiel a mi vocación.

Con esta triple aserción el Apóstol San Pablo se despedía de su discípulo Timoteo y de los primeros Cristianos, para ir al Cielo a recibir el premio de su Apostolado. Con las mismas palabras puede legarnos su último recuerdo el Sacerdote ejemplar que acaba de despedirse de nosotros para ir a la eternidad. Ha peleado un buen combate aquel Cristiano, aquel Religioso que primero se ha vencido a sí mismo, luego con arrojo y sacrificio se ha dedicado a la misión que Dios le ha confiado, hasta morir víctima de su celo. Ha llenado su curso, y ha concluido su carrera de Salesiano; con espíritu de caridad y abnegación ha realizado el objeto de su Institución, trabajando

en todos los oficios y cargos, desde el oficio de portero hasta el cargo de Director de una casa. Ha sido servidor y ministro fiel el que no ha perdido el afecto ni el cuidado de cumplir con su vocación, por muchos que fuesen los obstáculos, y lisonjeras las tentaciones, que el mundo le ofrecía. Este elogio parecerá quizás demasiado grandioso, y alguien podrá pensar que habrá que violentar mucho los hechos históricos para que sirvan a probar la triple proposición, con que formamos la epígrafe de nuestro malogrado Hermano. Sabemos que hablamos a testigos de vista de lo que vamos a exponer, y por esto no nos podemos permitir más que una breve reseña de lo que este digno Sacerdote ha hecho, y ha dicho, para que se vea cómo le convenga de algún modo la triple protesta del Apóstol, y merezca la corona que en premio de su trabajo esperaba el Maestro de las gentes.

CAPITULO 1.

Primeros años de Dn. Juan Paseri; su llegada a América, y primeras ocupaciones en Buenos Aires y Montevideo.

Nació Don Juan Paseri en 1859 de una pobre familia del Piamonte, y en su niñez fué educado cristianamente en medio de las

duras faenas del campo, como narraba él mismo con humilde sencillez. A la edad de siete años frecuentaba ya el Catecismo de su Parroquia, y se hacía por su empeño en la práctica de la Religión recomendable ante su Párroco, el cual se dedicó a cultivar esta tierna plantecilla, que desde ya presentía deber un día adornar el verjel de la Iglesia. En efecto estas esperanzas se aumentaron en la época de la primera Comunión, que recibió a los 10 años con extraordinarias señales de piedad y devoción al SS. Sacramento entre la juventud.

Dado este primer paso en la piedad, ya empezaba a separarse del mundo y a poner los ojos en más elevadas tareas, que no eran las del campo; y por consejo de su Párroco comenzó a frecuentar la escuela, y a dedicarse al servicio de la Iglesia, siendo de esta manera vigilado más atentamente por su Pastor. Este al verle progresar en los estudios y en la piedad no dudó un punto de que fuese llamado al estado eclesiástico, y lo recomendó a Don Bosco, el cual muy gustoso recibióle en el Oratorio de San Francisco de Sales en Turín, contando entonces 14 años de edad. Desde la entrada del niño, conoció Don Bosco la prenda preciosa que Dios le enviaba, y correspondiendo siempre Juan a los cuidados de sus educadores, hizo

en brevísimo tiempo grandes progresos en los estudios, hasta cursar en sólo dos años cuatro clases de latinidad. Ni este estudio le impedía de progresar en la piedad, pues fué entonces que se encendió en tanto amor hacia el SS. Sacramento, que empezó a comulgar con la mayor frecuencia; y son varios los compañeros que aseguran haberle visto llorar de ternura todas las veces que se acercaba al Divino Sacramento. — Mostró también cuán arraigada tuviese en el alma la verdadera humildad, pues que habiéndole encargado sus superiores varios oficios, como de ayudante del portero de hacer mandatos por la ciudad, con la mayor sujeción y exactitud cumplía con lo que se le ordenaba, y en su porte mostraba siempre el gran deseo que tenía de complacer a sus superiores — Al fin como premio de su piedad y virtud le fué concedido entrar de Aspirante en la Congregación; y después del primer año de prueba, recibió el hábito clerical de manos del mismo Don Bosco a fines del año de 1876.

Habiendo sido modelo de jóvenes estudiantes, empezaba entonces a ser verdadero retrato de las virtudes de un buen Acólito, y de un observante Novicio. Hizo en este tiempo los primeros ensayos de Catequista en los varios Oratorios Festivos, que Don Bosco dirige en la ciudad de Turín; y allí

desplegaba el nuevo Acólito su ardor para atraer a los niños no tan sólo a la Instrucción Religiosa, sino, y mucho más, a la santificación del Domingo, a la Misa y frecuencia de Sacramentos. Preparándose al finalizar de aquel año una tercera expedición de Misioneros para América, que debía ser guiada por el Rev. Don Santiago Costamagna, entre los que hicieron petición de formar parte de estos nuevos obreros evangélicos, fué nuestro Acólito Paseri. Debía ser muy generosa su alma y muy ardiente su celo, si para encontrar un campo más vasto, y una mies más abundante, se decidía a dar un perpetuo adiós a la patria, a sus ancianos padres, a su familia tan pobre, que fundaba en él todas sus esperanzas, y hasta desoir la autorizada palabra de los que le habían recomendado a Don Bosco, y que ahora se oponían a su resolución. Pero ¿a qué no resiste la fuerza de la divina vocación en un corazón piadoso y humilde, que no tiene por guía más que la voluntad de Dios, y los cuidados materiales todos confía a la divina Providencia? La caridad, pues, que es más fuerte que la muerte, cortó todos los vínculos de la carne y sangre, y con este acto de generoso desprendimiento empezó la carrera del verdadero Salesiano.

Llegado D. Juan a Buenos Aires, se puso confiadamente en manos del Rev. D. Fran-

cisco Bodrato, que dirigía a la sazón las Casas Salesianas de América. Dicho Superior ya había conocido en Turín las prendas de este nuevo súbdito que Dios le enviaba, y no dudó un instante en juzgarle oportuno, para cuidar de los niños de la Boca, parroquia que en aquel entonces había sido confiada a los Salesianos. Con solo el Paseri se contaba para establecer una Escuela parroquial en aquel barrio tan poblado, y tan abandonado de la ciudad, donde a tropeles se veían los niños andar por las calles cometiendo toda clase de desmanes y pillerías. Para esto se levantó una casa de madera, se abrió un colegio de externos, y al empezar el año se dió principio a las clases, siendo así la Boca el primer teatro de las hazañas de nuestro Acólito.

No era éste un Maestro tan sólo, sino un Asistente, y un Catequista perpetuo, como quien estaba convencido de que el Salesiano tiene por su fin principal la educación de los hijos del pueblo, especialmente en la religión y en la moral; lo cual no se alcanza sino con la continua vigilancia, y con el ejercicio constante de la paciente caridad. Por esto los primeros cuidados de nuestro Juan se cifraban en la iglesia, donde reunía cuantos más niños podía para las funciones religiosas; diariamente los instruía en la religión, y les enseñaba

a ayudar a Misa. En la clase, en el patio, y por la misma calle a todos particularmente se dirigía, con todos trataba con tanta familiaridad y cariño, que desde entonces el *padrecito Juan* era tenido como un verdadero padre de aquellos pobres niños, que poco antes no tenían idea ni de Religion ni de sus Ministros, y no reconocían autoridad ninguna ni la de sus mismos padres.

En aquella casa de la Boca, recién abierta, y tan escasa de personal, que no contaba más que tres Salesianos, el Paseri empezó sus estudios de Teología sin tener ningún maestro fijo, y tan sólo consultándose por manera de conversación y conferencias, en sus dudas y dificultades con los Sacerdotes, con quienes vivía, o conferenciando con los Padres que acertasen a pasar por aquella casa.

Cobró tanto afecto a este primer campo de sus trabajos nuestro buen Acólito, que sintió vivamente el deberlo abandonar muy pronto, cuando abrióse la Casa de San Carlos en Almagro; ni menor fué el sentimiento de sus discípulos de la Boca, que le acompañaron hasta el nuevo Colegio; repetidas veces le visitaron en seguida con las señales de la más constante ternura y viva gratitud.

En Almagro ya se había formado un do-

ble Colegio repartido en dos divisiones, como subsiste todavía, de los Artesanos que antes formaban el Colegio San Vicente de Tacuarí, y de los Estudiantes, que se habían venido juntando al lado de la Capilla Italiana. De estos últimos debía tomar por aquel entonces la dirección nuestro D. Juan, ya para asistirlos, ya para darles clase, pues el R. P. Francisco Bodrato no contaba con otro maestro más que con éste solo.

Allí se empezó a desarrollar el plan salesiano de educación, y se habría visto el Acólito Salesiano hecho niño con los niños, pobre y humilde, según la condición de ellos, no apartarse un momento de sus discípulos ni de día ni de noche: él mismo era maestro en la clase, catequista en la iglesia, compañero en el patio animando el recreo, tomando parte en él; a pesar de las observaciones y críticas de los que no conocen el secreto de ganarse el corazón de un niño, ni saben apreciar el noble sacrificio del *efficiamini sicut parvuli*.

La carrera de nuestro Paseri debía ser *breve*, pero *completa;* y como el objeto de la Sociedad Salesiana, según las exigencias del siglo, es tan variado, así parece que la divina Providencia le llevaba de un lado a otro haciéndole recorrer todo el campo salesiano, cosechando en todas partes algo de la variada mies que ofrece, para que

pudiese al cabo de algunos años decír con verdad: *cursum consummavi*.

El Colegio de Villa Colón del Uruguay escaseaba de maestros; y, conociéndose ya la disposición que tenía nuestro acólito a la enseñanza de todas las materias, y el progreso que había hecho en el idioma del País, el Rv. Bodrato tuvo que hacer a pesar suyo, el sacrificio de ese individuo. Del mismo modo costó un triunfo al Paseri el resignarse a cambiar un colegio de pobres con el de ricos; un colegio de niños rudos y callejeros por el de jóvenes de elevada condición y de categoría social. Los pocos meses que el buen Paseri permaneció en aquel colegio pusieron bien en claro su carácter distitinvo, y su decidida vocación para atender a la educación de la clase más humilde, como también de atraer a los jóvenes por el aliciente de la religión. Lo mostraban las cartas que escribía entonces a sus hermanos, y niños de la Boca y de Almagro, el anhelo con que, salva la obediencia, habría vuelto a ocuparse de los pequeñuelos: extrañaba la índole de aquellos niños, sus modales, su conversación: le parecía aquél un mundo nuevo; era como el pez fuera del agua, la planta en un clima y en una zona extraña!

No siguió así, cuando poco tiempo después, abierta la Casa de San Vicente en

el centro de Montevideo con clases para niños pobres, costeadas por las Conferencias Vicentinas, se vió el buen Salesiano rodeado de nuevo de sus pícaros de la calle, con sus andrajos y modales groseros, pero con un corazón dócil, un alma abierta, y una grande disposición a recibir las suaves máximas de la religión y moral cristianas. Entonces el Paseri se encontró en su elemento, dióse al trabajo con todo ahinco: no le importaba que la casa fuese muy angosta con un patio muy reducido: no hacía caso del ruido de los carros, que pasando por aquella calle tan frecuentada, le obligaban a duplicar la fuerza de su voz, mientras explicaba en la clase; no se quejaba de las muchas tareas que recargaban sobre él. Que fuesen buenos esos niños, que fuesen muchos, que se educasen en la religion y moral cristiana; que amasen el colegio más que la calle, y sus diversiones; al maestro más que al mal compañero; y que por el colegio y por el maestro llegasen a conocer y amar la Iglesia y a su Criador y Redentor: esto era todo su plan, éste era el blanco de todos sus deseos. En los pocos ratos que conversaba, con sus Hermanos y Amigos o en sus cartas, muy contadas, pues no le sobraba tiempo, no se notaban otros sentimientos, ni otras aspiraciones. Dios bendijo estos esfuerzos y en

sólo un año pudo echar la semilla en vírgenes corazones, que dieron por fruto la eclesiástica vocación de tal manera que varios de sus discípulos entraron en el Seminario, cuando poco después se abrió en Montevideo, confesando que a este primer Maestro eran deudores de las primeras aspiraciones al Sagrado Ministerio. Y claramente lo atestiguaron con la correspondencia epistolar que con él siempre tuvieron, y por una visita que dos de entre ellos le hicieron después en Almagro.

La veloz carrera de nuestro Paseri lo llevaba adelante, para que desplegara ante nuestros ojos todo el cuadro de una vida salesiana; y Dios permitía que no bien hubiese sacado el primer fruto de sus trabajos, a otros tuviese que dedicarse. Y para que no faltara en esto el sacrificio de la absoluta obediencia, la primera perspectiva era siempre poco favorable a las inclinaciones naturales de nuestro joven. El R. Inspector necesitaba hacer innovaciones por escasez de personal, y por compromisos de nuevas casas, que se iban a abrir ya en Paisandú, ya en Patagones; y en estos cambios quedaba envuelto también el acólito Dn. Juan Paseri, destinado a desempeñar la clase de Geografía, Historia, y otras asignaturas en San Nicolás. Para este fin fué llamado a Buenos Aires, aunque no

BIBLIOTECA CENTRALE SALESIANA

se le dió la designada destinación. La brillantez de los exámenes que dieron en aquel año los alumnos de la Escuela Vicentina, el orden, número, y adelanto moral y religioso de aquellos niños, son muy débiles indicios de la aptitud y esfuerzos del finado D. Juan, frente al espectáculo que ofrecieron sus pobres discípulos, con acompañarle a tropeles, y espontáneamente por las calles de Montevideo hasta el muelle en el día de su salida. Las cariñosas palabras, los recuerdos afectuosos y hasta las lágrimas y lamentos con que se despedían de su amado Asistente y Preceptor, ofrecían la escena más patética y sentimental.

CAPITULO II.

Primer oficio de Maestro, que desempeña en el Colegio Pío IX de Artes y Oficios.

Un consuelo que tenía en su vuelta a Buens Aires era el poder dedicarse más seriamente el estudio de la teología, y prepararse a las sagradas Ordenes bajo el Director de los Acólitos, que era desde ya el Rv. P. Costamagna. En el primer examen que rindió de algunos tratados, que por sí solo había estudiado, dió a ver claro la perspicacia de su ingenio y la decidida voluntad con quese había consagrado a aquellos

estudios, que ofrecen los más poderosos medios de la salvación de las almas, como son la predicación y los SS. Sacramentos. No hablóse más de su ida a San Nicolás, y se fijó su morada en Almagro, donde debía ser muy en breve un firme sostén de este Colegio, y cooperar para que siempre más se pareciese a la Casa matriz de Turín, siendo como el compendio y la realización de todo el *plan salesiano de Don Bosco:* Colegio de Artesanos y Estudiantes, Estudentado de Acólitos, Seminario de Aspirantes Salesianos. Clases de Externos — Oratorio festivo — Imprenta para propaganda católica— Centro de los cooperadores Salesianos con la redacción de su Boletín — Catecismos, con Predicación popular y ejercicio del ministerio pastoral, con todas las funciones de la Parroquia. No hay punto de este cuadro en el cual no se encuentre la obra de Don Juan Paseri: no hay parte de esta casa en la cual no se note la activa y principal cooperación de este Salesiano: y no tan sólo su influjo ha sido exterior y secundario, sino que trabajó en todo eso con espíritu abiertamente salesiano, de tal manera que con toda razón podríase decir que efectivamente cooperó a la fundación de esta Casa Inspectorial, como se halla organizada en la actualidad. ¡ Qué bien pues le conviene la gloriosa

epígrafe del Apóstol *cursum consummavi:* he concluido mi carrera: he cursado por todo el campo Salesiano: he cosechado en toda la copiosa mies, que Dios ha ofrecido a nuestro Venerado Fundador: *cursum consummavi.* He cooperado yo también en la Iglesia de Dios, para abrir un camino ancho y glorioso a todos los Salesianos, que en la Provincia Argentina vendrán tras mí, a espigar en el campo del Señor.

Para probar brevemente con los hechos esta aserción, bastará pasar en rápida reseña las ocupaciones que desempeñó nuestro querido Paseri en el giro de los seis años que permanentemente pasó en esta casa. A los pocos meses de su vuelta de Montevideo se encontró este Colegio repleto de Artesanos y Estudiantes enteramente separados: varias clases elementales con maestros salesianos, faltando tan sólo una clase de latinidad en la cual debían apoyar las esperanzas de la Iglesia, y de esta Inspectoría. No podía encontrarse sujeto más a propósito que este Acólito para educar niños destinados al Santuario; así fué, que en breve se encontró rodeado de un escogido número de niños, en los cuales con la ciencia venía infundiendo la piedad, y en algunos despertaba la sublime vocación religiosa.

Nunca hubo maestro que supiese granjearse tanto la estimación de sus discípulos,

y ganarse el corazón de los niños, como éste: las explicaciones en la clase eran escuchadas con todo el interés, y cada cual era auxiliado en sus estudios ya en público ya particulamente, y con tal suceso, que nunca hubo necesidad de violentar a nadie, para que siguiese los esfuerzos del maestro. El premio mejor que esperaban los discípulos era el oir al terminarse de la clase un hecho de la Historia Sagrada o Eclesiástica, que el celoso preceptor narraba de tal manera, que despertaba el más vivo interés, y llevaba los niños naturalmente a las aplicaciones morales y religiosas sumamente provechosas. Tenía en seguida en su imaginación cierto repertorio de hechos fantásticos y lépidos, que le venían muy a propósito para entretener a sus discípulos en las horas de recreo y paseo, para ponerlos de buen humor despertando la actividad y ganándose la atención en tiempo de clase, especialmente en la estación de la flojedad y pereza.

Si el distintivo del maestro y asistente salesiano es el buscar medios *preventivos* para llevar espontáneamente y suavemente los niños a cumplir con sus deberes, y si el hallar y usar de tales medios exige un continuo ejercicio de *caridad* pura y paciente, hay que decir que nuestro Paseri poseía en sumo grado el espíritu salesiano, pues que nunca se le vió usar el rigor, nunca infligir castigos, usar palabras o mo-

dales ásperos y violentos, ni tampoco tuvo que llamar en su auxilio la autoridad superior, que tiene los últimos recursos de la disciplina. Excusado es decir que para alcanzar esto, necesitábase una actividad y sacrificio continuo: era preciso consagrar todas las horas del recreo a entretenerse amigablemente con los niños, tomar parte en sus diversiones, cansar su pecho en narrar cuentos, y tener animada la conversación; mostrar interés en todos los varios accidentes de la vida del niño; estudiar el carácter de cada uno, y convencerlos con los hechos de que cada cual ocupaba un lugar preferente en el corazón de su maestro. El buen Salesiano Paseri en efecto conocía la condición particular de todos los niños, llegaba a imponerse al momento de todas las necesidades de sus alumnos, sabía lo que ellos decían y hasta lo que pensaban en los asuntos más ordinarios; y con esto, se parecía claro que él formaba parte de ese infantil consejo, y que participaba de todas sus más secretas conversaciones. Por esto no le habrías hallado paseando ni con externos, ni con sus hermanos, durante la horas del recreo, aun después de la comida; a no ser para consultar a los Superiores sobre algún caso que se le ofreciese, o comunicarles algo que interesara el orden de la casa.

Con esta constancia y con estos esfuerzos propios del Salesiano, el nuevo Maestro alcanzó en su clase completamente el fin que se había propuesto, es decir, el progreso de los estudios, el amor a la religión, la más intachable moralidad; con aquella íntima convicción y volonteroso trasporte para el cumplimiento de sus deberes, que entre la juventud es el más seguro pronóstico de su perseverancia en el bien. Desde el 1880 hasta el 83 dió clase regular en 1º y 2º año de latinidad, o curso preparatorio; y como fruto de sus trabajos vió salir de su clase cuatro Acólitos, varios jóvenes que rindieron su examen en el Colegio Nacional con éxito brillante, y muchos que se dedicaron a profesiones útiles, a las artes liberales desempeñando otros el oficio de maestros en algún colegio particular, o en nuestras mismas casas.

Había conocido la importancia que tiene en la educación la declamación, y la representación teatral, para despertar los buenos sentimientos, cultivar la fantasía, educar el trato exterior, y tener modestamente alegres a todos los niños. A tal fin se dedicó a componer diálogos familiares, que él mismo enseñaba a declamar en las varias ocurrencias, discursos de ocasión, cumplimientos dirigidos a los Superiores en su fiesta. Estas composiciones, de las

cuales llegó a formar una variada y numerosa colección, revelan el conocimiento que tenía del corazón de los jóvenes, el constante uso que tenía de conversar con ellos, el gran arte que poseía de convencer a un niño de sus deberes, mejorarle e inducirle al bien; pues que sus diálogos siempre tenían por desenlace el arrepentimiende un niño, la corrección de sus ideas y sentimientos. Era muy delicado en escoger los dramas que debíanse representar; los quería breves, sencillos, y morales. Son muy hermosas las composiciones que él mismo preparó, e hizo representar, en las que se ofecen las escenas más curiosas e interesantes de una casa de educación. Pero más que todas alcanzó los generales aplausos de los inspectores la que lleva por titulo *La Escuela de Artes y Oficios,* por las escenas patéticas, en que se presentan dos huérfanos al Director para ser admitidos como pupilos, mientras el Colegio hállase en estrechez financiaria; allí se ve pintada el alma del Autor, el Educador de la juventud; no es una ficción de la fantasía, son los latidos de su corazón que allí se revelan.

Desde entonces se conoció en nuestro maestro el hombre del sacrificio, pues supo sacrificar su tiempo, su anhelo que era grandísimo, de dedicarse a las ciencias filosófi-

cas y a la literatura, y hasta sus mismos estudios de Acólito; para dedicarse completamente a lo que veía más necesario para sus discípulos. La constante preparación que él anteponía siempre al ejercicio de dar clase, le valió una suma facilidad de expositiva, una vastidad de conocimientos prácticos y útiles, de tal manera que en los exámenes él solo podía examinar en cualquiera de las materias elementales, pues que conocía bien el programa de todas. No estudiaba pues tanto nuestro Paseri para el día de mañana, como para el de hoy; y con esto alcanzó de aprovechar luego para su prójimo todo lo que iba aprendiendo; sin perderse en vanas aspiraciones, que tornan estériles para la sociedad tantas ilustradas inteligencias egoísticas, que hacen que el gusto del estudio sea fin a sí propio. ¡ Dichoso este Salesiano que supo vencerse a sí mismo ! él podia decir cuando iba a estudiar: « Voy a ganar almas » porque con aquel estudio ganaba sus discípulos, y aseguraba el porvenir del Colegio; él comprimía y dominaba sus deseos de ser sabio, como el Javier animaba a los doctores de la Sorbona. « Dejemos la gloria nuestra, para la gloria de Dios », procurando que nuestro estudio sirva para las almas que Dios nos ha confiado. Puede pues decir con razón: *bonum certamen certavi;*

— he peleado contra mi amor propio, he sacrificado mi gloria a la gloria de Dios, y al provecho de las almas.

CAPITULO III.

Se le encarga el Oratorio Festivo de Almagro; y fruto que sacó en este ministerio.

El buen Salesiano no se olvida nunca que el primero y principal objeto suyo es el de enseñar a la juventud pobre la *práctica de la religión*, especialmente en los días festivos, lo cual se llama propiamente la Obra de los *Oratorios Festivos*. El Oratorio Festivo comprende la entera *Santificación del Domingo*, lo cual importa 1º evitar el pecado; con este fin se retiran los niños de la calle, ofreciéndoles un patio con toda clase de juegos; 2º asistir a la Sta. Misa; para esto se celebra el santo Sacrificio, y se rezan las Oraciones que se relacionan con él, y el Sto. Rosario; 3º oir la palabra de Dios, lo cual se cumple mediante la explicación fácil y breve del Evangelio, o bien la narración de un hecho de la Historia Sagrada o Eclesiástica, o un Ejemplo con análogas reflexiones; 4º el Catecismo explicado, y aprendido de memoria, lo cual se hace por distintas clases y relativos maestros o catequistas; acabando

siempre el Director con otra platiquilla en forma de diálogo, y siempre con algún ejemplo o dicho curioso al fin que deje una saludable impresión entre los niños; 5º el canto de las Vísperas o al menos *Magnificat*, Letanías, y Bendición con el SS. Sacramento; 6º los SS. Sacramentos de la Confesión y Comunión, para los cuales, sin obligar a nadie, se ofrece siempre comodidad a todos de poderlos recibir. Se promueven a la primera Confesión todos los Domingos los que teniendo uso de razón, van aprendiendo las cosas indispensables para este Sacramento. Para cada fiesta solemne se prepara siempre un buen número de primeras Comuniones.

Las mejores casas Salesianas, son las que han empezado por un humilde Oratorio Festivo a imitación de la Casa-matriz de Turín, que aun lleva el nombre de *Oratorio,* para patentizar el espíritu y fin principal de nuestra Institución. Llegamos con esto a los diez años clásicos de D. Juan Paseri, y podemos llamar su característica « El celo para los *Oratorios* »; y en esto tendrá que aprender algo el joven que desea conocer el plan de D. Bosco, y el modo de hacer verdadero *bien* a la juventud. El no tener Casa y Capilla propia, y ser nuevos y desconocidos, quizás habrá influido en que no hubiese hasta el 1881 Oratorio Fes-

tivo en nuestras casas de esta República (aunque en la Capilla Italiana, y en la Boca hubo algo parecido al Oratorio desde sus fundaciones); mas cuando la casa de Almagro empezó a organizarse, nació en todos el deseo de ver a su lado un Oratorio Festivo. El Rev. D. S. Costamagna destinó pues al Acólito Paseri como Vice-Director del Primer Oratorio Argentino (no siendo todavía Sacerdote); le dió catequistas, señaló un patio, determinó el reglamento con su Capilla Interior, sus rifas bimensuales, sus registros, y con el nombre, tan glorioso, de *Oratorio de San Francisco de Sales*, para recordar el primero de Turín, con el cual debía conformase. Primer elemento de este Oratorio fueron los niños externos, que frecuentaban nuestras escuelas; pero como éstos no pasasen de unos cuarenta, el nuevo Director del Oratorio (así le llamaremos porque desempeñaba casi todas sus atribuciones), empezó a buscarlos en la calle, ya en los días de paseo, ya por medio de los demás niños, prometiendo premios a quien traía otros al Oratorio.

Buen medio para atraer miños al Oratorio Festivo lo halló en el encargo que aquel año le fué confiado de ir a enseñar la Religión o Catecismo en la escuela principal de la Parroquia. Muy pronto se hizo amigo de aquellos niños : con su caridad e indus-

tria varios empezaron a seguirle acompañándole por el camino al volver al Colegio, y él los llamaba, los detenía en la calle, y siempre tenía una buena palabra, para todos: conocía todas sus necesidades morales, los peligros en que se hallaban, y las disposiciones que tenían para el bien. Al acercarse de alguna solemnidad no solamente los sabía traer a las funciones, sino también alcanzaba que varios en la víspera viniesen a confesar a la Parroquia. Con otros, a quienes por la edad y peligros veía necesaria una instrucción más completa y continua, se convenía para que le viniesen a ver al Colegio bajo algún pretexto, luego los entretenía, los llevaba a visitar el Colegio, y poco a poco los inducía a seguir viniendo, hasta alcanzar que hiciesen una buena Confesión y Comunión. ¡Cuántas veces le hemos visto nosotros llevar algunos niños desconocidos de la mano por el Colegio, a oir tocar la banda, a ver libros de láminas en la biblioteca, o jugar a la pelota! Todo eso era con el fin de que en seguida le escuchasen en lo que les quería hablar del alma, y de la Confesión. Aun tenemos a varios alumnos en el Colegio, a quienes quitó de la calle con sus industrias; luego viendo su estado moral como desesperado, los recomendó al Superior, y no salieron más del Colegio, hallando aquí este

amigo de sus almas, que les ofrecía un refugio, una casa, y un pan seguro y honrado.

De la misma manera practicaba con los que constantemente frecuentaban el Oratorio Festivo ; pues todo el día estaba rodeado de un gran número de ellos. En llegando uno nuevo se enteraba de su edad, de su paradero y familia, la escuela que frecuentaba, sus compañeros, su instrucción religiosa ; y para no cansarle con preguntas, en medio del juego y por intervalos se iba imponiendo de lo que podía darle completo conocimiento de la nueva ovejilla que entraba en su rebaño. Al tiempo de concluirse el Catecismo, y la Plática, debiendo estar ya muy cansado, siempre tenía los ojos sobre algunos, que le parecían necesitar algún cuidado especial, y detenídalos con grande arte, les daba un consejo, un pequeño regalo, y así alcanzaba acercar más a Dios sus corazones.

Con todo eso no se hallaba contento el buen Pastor de su Oratorio, le parecía que aun faltaba en él corazón y vida. En efecto, de suma importancia, y como fin principal del Oratorio Festivo es el acostumbrar a los niños a la devota frecuencia de los SS. Sacramentos, máxime de la Confesión, único medio de corrección de los vicios y pasiones de la extraviada juventud. Dolíale por tanto

en el alma al buen Acólito por no poder tener siempre un Confesor, a quien enviar los que sabía necesitar de este remedio, y que inútilmente de antemano ya tenía preparados. Se quejaba a los superiores de que en cada domingo le escapaban niños y almas sin confesarse por falta de confesores a quienes enviarlos, estando éstos ocupados en otros ministerios y en otras partes. Era ésta una pena gravísima para su caritativo corazón, y para hacerla menos grave se imponía nuevos sacrificios, haciendo que sus alumnos viniesen en otro día, o en otras horas, en las cuales se tomaba el trabajo de ofrecerles nuevos entretenimientos, y nuevas preparaciones.

Al fin después de un año de deseos y de esperanzas, es decir a fines de 1882, pudo él mismo ser ordenado Sacerdote, y muy en breve habilitado para oir las Confesiones de los niños. Entonces fué que entró de lleno en su carrera salesiana, entonces dió principio a la tarea más digna y sublime, que como veremos debía acabar con su vida; y con esto puede decirse que llegó verdaderamente al punto culminante de su vida religiosa, el de ganar niños por el Catecismo y la Confesión. Quien ha conocido de cerca a este Salesiano, mientras estaba entre los niños del Oratorio Festivo, habrá notado que parecía tener una especie de resorte,

un secreto para inducir los jóvenes a la Confesión. Pues que se le veía a veces hablar amigablemente con alguno, y después de haber tanteado su terreno con algunas preguntas, salía con aire de segura confianza diciéndole : «¿ Y a confesar no has ido nunca ? ¿ No te gusta hacerte bueno ? ¿ empezar vida nueva, disponerte a la primera Comunión ? ¿ No vendrías ahora ? Yo te voy a preparar y disponer : ya sabes lo suficiente. Vamos,.. vamos..» Y se encaminaban para la sacristía, hablando alegremente del consuelo que nos da una buena confesión, de la limpieza del alma, de la dicha de un niño, que se pone en paz con Dios, y que se hace amigo suyo..; y luego una palabra contra los malos compañeros, una formal detestación de la *calle,* del *río,* de *las rabonas,* que son las escuelas de la maldad : Y el niño sonriéndose iba con su cabeza, y con alguna afirmación espontánea, conformándose con las palabras y actos de su Catequista, hasta llegar al lugar de la Confesión. Allí se empezaba *ex abrupto* con algunas preguntas sobre el conocimiento que el niño tenía de lo que iba a hacer : un cuadro de Jesús Crucificado con María SS. que llora al pie de la Cruz, servía para excitar el dolor. «¿ Quién es éste que está clavado en cruz ? ¿ Quién lo hizo morir ? ¿ Quisieras hacer morir de nuevo a Jesús con aquellos

pecados?— No, Padre—¿Quieres hacer llorar de nuevo a María?— No, Padre.—¿Qué dirás a los malos compañeros si te llaman y solicitan de nuevo al mal?— Les diré que nó!.. me escaparé..— Bueno! Bueno!». Luego las preguntas de la especie y número, escándalos, confesiones pasadas, etc. Al fin le avisaba del momento de la absolución, y de su admirable efecto. «Tu alma se vuelve limpia como después del Bautismo; cuidado que no vuelvas a mancharla; Jesús con su sangre te lava todo, todo te lo perdona: por amor de Dios, que no vuelvas a ofenderle». Dada la absolución, no le quedaba más al niño que hacer su penitencia, y ésta de ordinario la hacía (al menos en parte) allí cerca en el lugar que le señalaba, para que no se olvidara, o se escapase luego de la Iglesia.

Tenía por método, y lo inculcaba mucho en sus conversaciones, de no sentarse nunca en el confesonario, sin haber antes dispuesto él mismo sus hijos de confesión con algunas palabras suaves y de santo entusiasmo; y lo hacía con tanta animación y ardor, que al salirse para ir al confesonario dejaba sus pequeños penitentes a veces sin asistente, todos comprendidos de religiosos sentimientos, recogidos y pensativos. Esto, según él decía, le ahorraba mucho trabajo en la confesión, disponía a los niños a con-

fesarse de buena voluntad, y aseguraba más el fruto del Sacramento.

Para que la misión de este buen Salesiano fuese completa, Dios dispuso que se le confiase también el Catecismo en la escuela principal de niñas de la Parroquia de San Carlos. Con su acostumbrado empeño y perseverancia desempeñaba este cargo en cada Sábado ; y si en el buen éxito de esta enseñanza religiosa tenía gran parte la Maestra, que se hacía un deber de que todas las alumnas aprendiesen la lección señalada (según el testimonio del mismo Paseri, que no acababa de alabar el celo de esa religiosa preceptora) ; es cierto por otro lado que el Sacerdote también hacía gustar a aquellas niñas toda la belleza y la importancia de aquella Religión que les explicaba. Por lo cual las familias de la Parroquia de San Carlos, y este barrio de Almagro son deudores casi enteramente al Sacerdote Paseri de la educación religiosa, que en estos cinco años se suministró a los niños y niñas, ya en las públicas escuelas, ya en la Iglesia y Colegio de San Carlos.

Sabemos por el trato y conversación del mismo Sacerdote Paseri, que casi todos sus pequeños penitentes tenían el compromiso de traerle otros niños para confesar ; y esto explica cómo los niños se convidasen unos a otros, diciéndose tan sólo «Che,

che: vamos con aquel Padre: ese sí que confiesa bien! ». De aquí la popularidad que tenía el nombre del *Padre Paseri* entre los niños de la Parroquia, y las madres de familias de este barrio, que oían en casa hablar a sus hijos de este celoso Sacerdote.

Con este continuo anhelo que tenía para la cristiana educación de la juventud, se había venido formando como una segunda naturaleza, o mejor dicho había adquirido el espíritu enteramente salesiano, por el cual doquiera que se fuese, con quienquiera tratase, siempre debía manifestar su interés para los niños pobres. Tan sólo en saliendo para celebrar misa a varias Capillas de los alrededores de San Carlos. acertaba casi siempre en dar con algunos de sus antiguos alumnos de Catecismo, o penitentes de Confesión, o niños desconocidos; luego dirigíales las preguntas de costumbre: si iba a Misa, cuánto tiempo hacía que no se confesaba, si rezaba por la mañana y por la noche. A veces entre estas conversaciones llegaban hasta el Colegio, y otras alcanzaba la promesa de que habrían venido el domingo más próximo, y era raro el que no cumpliesen con su palabra. Con frecuencia al volver de afuera daba parte con mucho interés a los demás maestros de haber hallado a este o aquel antiguo discí-

pulo, ponderando las buenas disposciones y afecto que todavía conservaban, y esto lo narraba con la satisfacción de un triunfo.

Sacó gran provecho, para esta caza o pesca de niños, del encargo que le fué confiado de ir a pedir limosna, ya para Semana Santa, ya para el Santo Titular y Mes de María; pues que, entrando en las casas, casi de nada se le daba el recolectar dinero, sino que iba preguntando por los niños, a ver cuántos había para catequizar, confesar y, disponer para la primera Comunión. Hacíase prometer por los padres que los habrían mandado en los días de fiesta; y solicitaba a eso los niños mismos de manera, que con esta doble promesa de los padres e hijos, y con algún regalito, siempre volvía al colegio con el consuelo de haber ganado un buen contingente para su Oratorio y confesonario. — Practicaba lo mismo en las frecuentes ocasiones en que tuvo que ir a visitar enfermos; y entonces la pesca era más importante, porque por las repetidas visitas instruía y sabía atraer personas ya de edad, que estaban enteramente olvidadas de sus deberes religiosos. Recordamos con gusto de una entera familia, que llevó a cumplir la Pascua después de catequizar los varios individuos en su misma casa con el pretexto de visitar una pobre niña tísica, que hizo por su asistencia una santa muerte.

CAPITULO IV

Trasporte con que se dedicó a hacer bien a toda clase de niños, máxime catequizando y confesando.

Tres veces fué mandado por sus Superiores al pueblo de San Vicente, y dos de ellas para predicar los cuatro sermones de Semana Santa; y con todo y ser ese un trabajo ya grave para sus fuerzas, sabía cómo sazonarlo y hacerlo más gustoso con buscarse niños para catequizar y confesar.

Empezaba por el monaguillo que le ayudaba a Misa, haciéndole alguna pregunta sobre instrucción religiosa, luego pasaba a preguntar por el tiempo que no confesaba; le hacía desear el confesarse, y allí mismo satisfacía este deseo en cuanto lo había excitado y dispuesto. Luego mandaba con éste a buscar a otros compañeros de clase, de casa y tal vez de calle y de la laguna; mientras que él se dirigía al niño, que venía a tocar la campana de la Misa. Lo mismo pasaba con éste que con el primero, y a los dos días ya se veía al Amigo de los niños rodeado de gran número de ellos, que venían para confesarse sin saber lo que esto fuese, pero pensando que debía ser muy buena cosa, puesto que habían visto al tal compañero tan alegre y contento después

de confesado, y le oían aún decir a ése y a aquél: «Verás cómo te va a gustar: oirás qué lindas cosas te va a decir el Padre: vamos, vamos . . . » Y así se iban con tanta satisfacción, que en uno de aquellos colegios del Estado al salir de las clases los niños se convidaban unos a otros para ir a confesarse, como en otros días habrían hecho quizás para ir a cometer sus acostumbradas pillerías.

De resulta de este movimiento entre los niños, despertóse también cierta buena disposición entre sus padres, de tal suerte que se alcanzó el volverse a cumplir con la Pascua por varias personas, que desde muchos años iban olvidadas de ese precepto.

Al ver estas escenas hubo algún Sacerdote celoso, que comprendido de grande admiración dijo repetidas veces. « ¿Cómo puede Vd. llamar así estos niños, si yo no alcanzo ni a poderlos tener algunos ratos atentos al Catecismo? Si entro yo en la escuela, luego meten bulla; y aquí los veo casi cambiados, venir ellos mismos en busca del Padre, que los instruya y que los confiese!.. ¿Tendrá pues Ud. algún gran secreto?! . . » Y el secreto lo tenía el buen Paseri en su corazón y en su espíritu enteramente salesiano! Con todas sus veras se había dedicado a la misión que Dios le había confiado: había correspondido a

su vocación, y usado de los medios admirables que posee esta humilde y última Congregación; y así nos ofrecía espléndido ensayo de flores y frutos de espíritu salesiano.

Era señal y distintivo de su espíritu salesiano (que no debe cuidar mucho de reglas y condiciones particulares propias del arte, o sistema artificial), el que hiciese los ejercicios de su Oratorio sin fijarse ni en el lugar, ni en los preparativos, ni siquiera en ayudantes. No sabía llamar a otros, para que le ayudasen; nunca enviaba a ninguno de los que se le presentaban a otros catequistas para que los enseñasen, ni dirigía los suyos a otros sacerdotes para confesiones. Si él daba con alguna persona, ya fuese niño ya fuese adulto (aun de los que venían para prepararse al Sacramento del Matrimonio), él tomábase todo el trabajo de instruirlo, prepararlo, y confesarlo, aunque fuese por varios días y muchas horas seguidas; a nadie hacía esperar; ni había tarea u ocupación que pudiese distraerlo de este ministerio, que para él estaba por encima de todo.

Su grande corazón, pues, no abrazaba tan sólo a los jóvenes del colegio de la Parroquia, sino la juventud en general, y a cuantos la Divina Providencia le deparaba en su camino, de manera que al ver un niño

ya parecía que como por invisible tecla sentíase movido su corazón a hablarle, y a desearle y hacerle todo el bien del alma, que estuviese a su alcance. Oh! digno hijo de Don Bosco, oh! admirable modelo de Salesiano: qué lágrimas de dolor no derrama nuestro corazón al pensar que hemos perdido un obrero tan hábil, un alma tan deseosa de ayudar la pobre niñez desvalida, de infundir en su mente la religión y dar a su alma el remedio de la vida, la Confesión! Siquiera desde el cielo anima a tus hermanos para que anden por tus mismas pisadas, tengan tu mismo espíritu, y cumplan con su vocación. Cuida tú desde el Cielo de aquella niñez, que tan entrañablemente amaste en la tierra.

A menudo lamentaba la esterilidad o muy reducido fruto que produce en muchas partes la instrucción religiosa, que se imparte a la juventud, ya sea en los colegios ya en las Iglesias, porque no va acompañada de la Confesión. Por esto daba gracias a Dios por haber inspirado a Don Bosco de fundar los Oratorios festivos, en los cuales a la enseñanza del Catecismo y palabra de Dios, se une la frecuencia de la Confesión, la asistencia a la Misa, y la Santificación de la fiesta, que son los únicos medios para hacer fructificar aquella buena semilla. » ¿Cómo es posible, decia él, que la juven-

tud practique lo que se le enseña, si no se desarraiga el pecado y el vicio de su corazón? ¿Y cómo se hará esto sin la Confesión y Comunión frecuente, y con confesores que tengan esta especial vocación de confesar pobres niños ignorantes, que no saben disponerse por sí solos? Niños, que además de la repugnancia natural, tienen contra el confesor todas las prevenciones, que la corrupción del mundo supo ya infundirles!» Otras veces decía, a propósito de la cuestión de la ensseñanza religiosa, que agitábase en este país: «Es un crimen quitar a los niños el Catecismo; pero si ha de quedarles el solo catecismo en mano, para que a ellos de nada les sirva, y los parientes y maestros crean, que han educado un niño con solo esto, sin enviarlo al Confesor y al Párroco, para que le haga detestar el pecado que ha conocido; casi hay que decir que ese niño está en peor condición que la de la ignorancia. Es el caso de decir lo que San Pablo decía a los Judíos que tenían *la ley* o el conocimiento de la voluntad de Dios, pero no tenían aún la *gracia* que tienen los cristianos: *Lex subintravit ut abundaret delictum*; y por esto pecaban con mayor malicia abusando de la ley misma. Que se explique pues el catecismo en la familia y clase: pero que se envíen los niños lo más pronto a la Iglesia, para que

el Sacerdote purifique su corazón con la Sangre del Redentor: así donde abundó el pecado, abundará la *gracia*, que no viene sino por los Sacramentos — *Ubi autem abundavit delictum, superabundavit gratia.* »

Coherente con estos principios, el celoso Director del Oratorio, siempre que se reunían sus niños, ya por la mañana antes y después de la sta. Misa, ya por la tarde en las horas de Catecismo, pasaba por las diferentes secciones, y él mismo convidaba a los niños para que fuesen a confesarse, preguntando a todos la edad y tiempo que no se habían confesado, máxime a los que por venir raras veces, tenía miedo que se le escapasen. Luego, aunque fuesen las horas más incómodas de la tarde, sentábase en la sacristía confesando los muchos que se presentaban, cooperando también los demás catequistas para que muchos se reconciliasen. « De esta manera, él decía, se alcanza, que el niño se acostumbre a la Confesión desde chico; que guiado por el confesor aprenda a detestar el pecado, y a proponer de mejorar su vida; y lo que es más, Dios se apodera con su gracia de estos corazones, y así se previene la corrupción, a la cual está expuesta en nuestros días toda la juventud, especialmente de la clase pobre ». Esta es la gran misión a la cual está llamado el Salesiano, y ésta es

la obra a la cual nuestro Paseri con arranque santo y apasionado sacrificó su preciosa vida. ¡Ojalá le imiten en esto todos los acólitos y Sacerdotes de nuesta congregación!

Aunque la obra de los Oratorios Festivos fué la principal a que el Paseri dedicó todos sus esfuerzos, sin embargo otras tareas de grande importancia le confiaron sus Superiores. Muy importante es el papel de Predicador que ha desempeñado en los últimos tres años, y el espíritu con que lo hacía mostraba que para esto tenía vocación especial de Dios. Puede decirse que tenía dos maneras de predicar: a la primera se disponía con esmerada preparación, cuando debía tratar asuntos especiales, que se le confiaban en ocasión de solemnidades que celebrábanse en San Carlos y demás Iglesias, a cargo de los Salesianos. Asimismo cuando fué llamado en varios de los principales Templos de Bs. As., como en la Catedral, en San Francisco y Santo Domingo, en la Capilla del Carmen y otras Iglesias; donde siempre desempeñó su cometido con éxito brillante, pues todos conocían en él elevadas ideas, facilidad de exposición, copiosas aplicaciones prácticas, y sobre todo la refutación de los errores de la moderna incredulidad. Personas de autoridad, movidas a estos felices ensayos,

solicitaron repetidas veces a nuestro Superior, para que dedicara a este individuo a la predicación, para la cual les parecía tuviese dones especiales.

Sin embargo había un método de predicación catequística más llana y popular, más frecuente y provechosa, en que Paseri se distinguía mucho más y recogía un fruto más sustancial y copioso. De esta clase eran el curso de plácticas doctrinales o explicación del Evangelio, que hacía en su Oratorio festivo de Almagro, en los Institutos de las Damas del Sagrado Corazón de Jesús, y del Buen Pastor y Capilla de Sta. Catalina en los últimos años de su preciosa vida. En estos discursos familiares sabía conformarse con el alcance de su auditorio, de suerte que se ganaba la atención de todos, y penetraba los corazones. Todavía recuerdan los niños de Almagro, el papel del *Idiota*, que desempeñaba en el diálogo doctrinal que acostumbra hacerse allí en tiempo de Cuaresma, y en preparación para la Sta. Pascua. Con viveza sabía proponer las objeciones y preocupaciones populares; luego mostraba convencerse y rendirse poco a poco, llevando así al joven auditorio a seguirle, y a grabar bien en su mente y corazón las máximas que se iban inculcando. Los Sermones de la Semana Santa que predicó tres años seguidos, ora en San Carlos, ora

en San Vicente, Morón, Capilla italiana, tenían rasgos patéticos y muy elocuentes, que revelaban un alma muy sensible para los misterios más santos y conmovedores de nuestra Religión, y producían muy saludables impresiones en los fieles, que siempre se patentizaban con el aumento de frecuencia a los SS. Sacramentos.

CAPITULO V

Es nombrado Lector de Teología de nuestros Acólitos y Bibliotecario de esta Casa Inspectorial. Celo y acierto con que desempeñó estos cargos tan importantes.

Parecerá extraño que un Salesiano, que ha hecho un curso irregular de estudios ya literarios, ya filosóficos; y que se ha dedicado al estudio de la Teología agobiado de otras gravosas ocupaciones de clase y de asistencia, pueda alcanzar, aunque sea una medianía en la ciencia e ilustración necesaria a un eclesiástico. Sin embargo lo contrario hemos visto en el Sacerdote Don Juan Paseri, y con nosotros lo han reconocido los que tuvieron ocasión de oir sus sermones, asistir a sus lecciones de teología, y presenciar las Conferencias de teología, en las cuales tomaba parte muy activa e interesada. Este Sacerdote había alcan-

zado una solidez de juicio, una claridad de ideas, y tanta seguridad de criterio, que al concluir su curso teológico, y rendir completo examen de todos los tratados de Teología, fué nombrado por sus Superiores Lector de Teología Dogmática y Moral, y Maestro de Historia Eclesiástica de nuestros Acólitos.

Dedicóse luego a desempeñar este cargo con el mayor ahinco; y siguiendo el método que ya en sus primeros años de magisterio se había prefijado, siempre preparábase de antemano para sus lecciones; y para decidir con mayor acierto las cuestiones más difíciles, recurría a su Superior y Maestro, o en su ausencia a algún otro Salesiano que pudiese darle satisfacción; consultaba varios Autores de segura doctrina, y no estaba contento hasta alcanzar una resolución práctica y segura. No le satisfacía conocer sus cosas a medias, mas anhelaba profundizarlas; sin embargo se detenía y bajaba la frente muy pronto al oir la voz de la autoridad, o al tocar con el oscuro velo del misterio. En fin, sabía tener en equilibrio el gran deseo de saber con la profunda humildad, que habían formado gran parte de su carácter; y moderaba sus ansias de optimismo en todas las cosas, con la sujeción y obediencia de su inteligencia y de su voluntad a la palabra de los Dotores y

Maestros de la iglesia, y aun de nuestra humilde Congregación.

Nunca se conoció en él espíritu de terquedad, o porfía en las cuestiones; se rendía con la mayor facilidad. Ni el respeto a sus superiores, ni la caridad para con sus hermanos han sido jamás ofendidos por alguna resistencia o puntillosidad en materia de ciencia. Antes bien puede decirse que en calidad de maestro profesó una entera sujeción de *entendimiento* a sus Superiores, pues que no enseñaba, como él decía, nada de propio, sino lo que de sus maestros, superiores, y textos que éstos le recomendaban, había aprendido. Este espíritu de humildad de nuestro Paseri cooperó mucho, para formar o establecer más aquella unidad de pensamientos, de sistema y de doctrinas, que tanto contribuyen para llenar el objeto y fin del Instituto, y ayudar a las almas, con unidad de esfuerzos y de medios según aquello del Apóstol: *Perfecti in eodem sensu et in eadem sententia* (I Cor., I, 10) A esta madurez de doctrina y de criterio práctico debió nuestro Hermano el ser escogido y aprobado muy pronto como confesor de los niños en los mismos colegios nuestros, y ayudar al Director espiritual en este ministerio, sin menoscabo de la ordinaria dirección de conciencias (cosa tan peligrosa y fácil de notarse en una casa y colegio, don-

de hay variedad de método en la dirección del espíritu). De aquí también la prueba singular de confianza y honrosa estimación, por parte de la misma Curia Eclesiástica, en autorizarle para confesiones de Hermanas de Caridad, en tan temprana edad, y con tan breve tirocinio.

Otro distintivo del joven maestro de Teología fué la grande caridad y celo con que ayudó a todos sus Hermanos, ya sea Acólitos, ya sea Sacerdotes y compañeros suyos en los estudios eclesiásticos, para lo cual no hacía distinción de tiempo, lugar y forma, ora en la clase, ora en otra ocasión, en que se le ofreciese poder satisfacer a un Hermano suyo. Podía pues con toda verdad gloriarse con S. Pablo, que todo cuanto había aprendido, lo iba comunicando sin envidia y sin ostentación de tal modo, que varios Sacerdotes y Acólitos de su conversación sacaron sumo provecho. Y en varias ciencias acostumbraba él mismo buscarse compañeros, con quienes conferenciar y comunicar lo que por ambas partes hubiesen leído en diferentes Autores. Lo cual, si es útil para todos los religiosos, se hace casi necesario entre los Acólitos Salesianos, que por las muchas ocupaciones no tienen tiempo, para asistir a una serie completa de lecciones teológicas, y deben recurrir a la caridad de sus hermanos mayores, para com-

pletar el caudal de conocimientos indispensables en el ministerio sacerdotal.

Finalmente la constancia y actividad del buen Salesiano se notaba aún en dar esta clase de teología; porque, por muchas y graves que fuesen sus ocupaciones, nunca dejaba ésta, que reconocía importantísima. La predicación, la clase de los niños, la redacción del Boletín Salesiano, u otras que se le impusiesen, nunca pudieron hacer que se eximiese de dar esta clase; de esta manera logró completar los cursos, y satisfacer a la necesidad de nuestro estudentado. ¿Quién podrá negar pues que la obra de este digno Maestro perdura aún entre sus hermanos; y que él participa aún de los méritos, y frutos del ministerio de sus discípulos? Pues los habilitó con toda clase de esfuerzos y sacrificios, para que pudiesen con la predicación evangélica y con los SS. Sacramentos salvar las almas! ¿Quién dudará que es la ciencia de este modelo de Salesianos la que se comunica a los niños y fieles, por las instrucciones de tantos Acólitos y Sacerdotes formados por él, que trabajan ya en las ciudades de esta república, ya en la misión de la Patagonia? He aquí un buen modo de salvar muchas almas: enseñar a otros la ciencia de salvar almas, y enseñarla con constancia, caridad, humildad y espíritu salesiano como lo hizo nuestro finado Hermano.

Quien conozca la importancia que tiene en una Casa Religiosa y en un Colegio una *Biblioteca*, y lo que produzca y signifique, podrá apreciar debidamente los grandes servicios que Don Juan Paseri, antes Acólito y luego Sacerdote, prestó a esta Casa Inspectorial en los cinco años que fué su Bibliotecario. Verdad es que en una modesta y muy reducida biblioteca el trabajo no era mucho; pero era sumamente delicado y de suma confianza, supuesto que debía vigilar y asistir los estudios de cuantas personas religiosas y seglares existiesen en esta casa; debía con franqueza negar a éste o a aquél uno u otro libro, moderar la avidez de la lectura de algunos, dirigir los estudios de otros; infiltrar mejor espíritu en el amante de cuentos fantásticos, novelas apasionadas, etc.; en una palabra, repartir con discreción y acierto el pan de la inteligencia al Acólito y Religioso, al obrero y al estudiante, al niño inexperto, como al adulto deseoso de la instrucción. ¡Cuántas veces le hemos visto quitar libros perjudiciales de manos de pobres niños y cambiárselos con otros buenos y útiles! ¡Cuántos por él dejaron lecturas vanas, y se dedicaron a la lectura de la Historia Eclesiástica o de las Vidas de los Santos! Con qué industria le hemos visto esconder este o aquel libro de novelas, aun-

que clásico; y poner en su lugar y en el punto de mejor vista los opúsculos de Religión, de Catequesis, Historia religiosa. Las obras de Nicolás, y Autores de polémica sagrada eran el pan que a todos ofrecía: a los amantes de literatura ponía delante el Balmes, Donoso Cortés y Aparisi. Pero tenía luego los libritos espirituales, que decía haber producido en su espíritu grande efecto, como las Cartas de San Francisco de Sales, y los Opúsculos ascéticos de San Alfonso que a todos proponía.

Mas el lugar preferente ya en la estimación de nuestro buen Salesiano, ya en los estantes de la biblioteca de la casa, estaba destinado a los libros que salen de nuestra imprenta, especialmente las *Lecturas Católicas* de Turín. «Estos libritos, decía a veces, son la biblioteca de todo Salesiano, aquí se encuentra no tan sólo la materia para los sermones, para las instrucciones catequísticas y lecturas; sino que hállase aquí también la forma popular de nuestra predicación». Solía con mucha gracia reirse de los que pedían libros de estilo elevado, y muy voluminosos, que no habrían concluido de leer en un año, y les decía: « Tiene Ud. buen estómago, a lo que parece..¿Cómo podrá Ud. digerir ese librote, que me está pidiendo?Pide Ud. Rohrbacher,

no es cierto? Pues yo creo que sacaría más provecho con leer la Historia Eclesiástica de nuestro padre Don Bosco.» Y tanto le encarecía este segundo libro, que el buen marchante se iba con ese Compendio que después de leído no acababa de alabar, y sugería a otros su lectura. Y esto acontecía con los demás libros de polémica apologética, y más que todo con la catequística. «Aquí tenemos todas las cuestiones, nos decía, que se nos pueden ofrecer sobre puntos de fe, combatidos por los incrédulos, materialistas, protestantes y toda clase de herejes. ¿Por qué tomarnos el trabajo de ir a buscar afuera lo que tenemos en casa?» ¡Oh! a cuántos con estas y semejantes palabras hizo entrar en estima y amor las Lecturas Católicas y las producciones de nuestras imprentas y librerías!

Esto que decía a otros practicábalo él mismo, y le hemos visto con frecuencia preparar pláticas sobre alguno de aquellos libritos; y como solía a veces en medio de sus estudios prorrumpir en exclamaciones de admiración y alabanza de lo que leía, así lo oíamos decir: «Aquí tiene Ud. en este librito un sermón bien ordenado y de suma utilidad; esto me servirá para el tal día y tal ocasión... ¡Qué providencia es ésta! No tendríamos tiempo de buscar en esas obras voluminosas de los SS. Padres, o Teólogos y pre-

parar el pan de la palabra de Dios para los pobres; y aquí nos lo ofrece nuestra buena madre la Congregación ya preparado y casi digerido en su misma boca: no falta más que repartirlo a las turbas hambrientas que le esperan! Muy sabio es aquel Salesiano que va leyendo esos opusculitos, y se va formando un caudal de ciencia popular y práctica que le servirá para cumplir su misión de evangelizar a los pobrecitos hijos del pueblo.

Si tanta era la estimación que este Hermano nuestro tenía de los libritos que salen de nuestra imprenta ¿qué diremos de las obras que son hijas de la mente y del corazón de los miembros de la Sociedad? No tenía términos para expresarse; leíalas una y otra vez; usábalas en la clase, dictaba resúmenes; y hasta las habría traducido en gran parte si el tiempo y la salud, o mejor, la obediencia, se lo hubiese permitido. Baste el saber que tan sólo para utilidad de sus discípulos, y para que evitasen el beber en fuentes venenosas, tradujo la Historia Antigua de nuestro Rev. D. Julio Barberis. Durante este ímprobo trabajo eran cotidianas las alabanzas, que con satisfacción tributaba a nuestros Superiores y Letrados, que se dedicaron a renovar diccionarios, a expurgar clásicos latinos e italianos, a sustituir textos cristianos a

los paganos. « ¡ Ellos sí que gastan bien la láurea de doctores en *buenas y bellas* letras, que han adquirido a costa de tantos sudores y sacrificios !.. ¿ Cuándo tendremos la dicha de tener también nosotros libros, textos, y diccionarios expurgados y de estilo salesiano ? ». A menudo se le oía prorrumpir en actos de agradecimiento a Dios, que puso en manos de nuestra pequeña Congregación tantos medios de hacer el bien a la juventud, como son las librerías e imprentas ; se admiraba de sus escritores de literatura, historia y ascética, y con su humilde y franca exageración decía : « Tan sólo yo soy un ignorante, no sé nada, no puedo hacer nada ».

Veíase aún más clara la mente y el corazón de este Salesiano si se le sorprendía mientras estaba entregado a una obra enteramente de su gusto : era ésta la traducción de la *Historia Eclesiástica de Don Bosco*. Había que oirle en aquellos momentos, en que su espíritu se hallaba como al contacto con el espíritu de su Fundador y Padre de que están embebidas aquellas páginas. Hizo esta larga traducción toda de pie, sin sentarse, y se impuso de rehacer este trabajo casi por completo, por recelo de no haber sido fiel en la primera traducción. « Precisaría tener el alma santa de nuestro Padre, decía, para traducirla !..

¡ Cuánta doctrina y erudición se encierra en este libro ! ¡ Qué útiles aplicaciones, qué explicaciones tan oportunas, y qué martillazos va dando a los enemigos de la Iglesia ! Doquiera se nota el espíritu de la convicción y de la fe, que insensiblemente se comunica al lector. Todo se aprende en este libro : la historia, la teología dogmática y moral, la vida heroica de los Santos ; y a su lado se ve la vanidad del mundo, y su iniquidad estrellarse contra la Piedra inmóvil que Dios ha planteado, que es su Iglesia. ¡ Qué sencillez en la forma, y cuánta piedad inspira en el lector cristiano ! » Estas eran sus expresiones con que descansaba por intervalos durante su larga tarea, y luego cobraba ánimo para seguir, hasta que pudo concluirla, y dejarnos en este trabajo un recuerdo imperecedero de su espíritu salesiano, que él nismo buscaba en la fuente viva, que nuestro Venerando Fundador nos abrió en sus obras y opúsculos históricos, apologéticos, y catequísticos. ¡ Dichoso el Salesiano que bebiendo y metiéndose en esta fuente, podrá un día imitar los hechos de su Padre y Fundador, como lo hizo nuestro Paseri !

De tal manera, aun por ese lado el R. Paseri produjo un bien grande en la casa, aunque sin aparentarlo ; pues que nos libró de las peligrosas lecturas, y fomentó las

buenas; y entre los Hermanos y niños formó un gusto de lectura sinceramente religioso y salesiano. Hasta la encuadernación se extendía a menudo su vigilancia; y con frecuencia se vió correr a los Superiores acongojado por haber visto andar por manos de los niños de aquella oficina láminas indecentes (por algún fortuito descuido de oficiales externos), o por haberse fijado en que pasaban por la mesa de la encuadernación libros dañosos a la religión o a la moralidad, con peligro de que fuesen leídos por los de casa. De este modo fué verdaderamente un ángel de la guarda y un fiel custodio de la fuente, en que quería que siempre todos bebiesen la clara y pura agua de la verdad y moral cristiana.

Nadie puede desconocer sobre este punto cuánto haya cooperado nuestro Paseri al aumento de nuestra humilde Biblioteca, y todo en sentido verdaderamente religioso y salesiano. Baste saber que en los cinco años que él desempeñó el cargo de Bibliotecario, con la mayor caridad iba recolectando cuantos libros había en la casa, tenía exactamente catálogo de ellos, los sellaba, llevando a todos a la observancia de aquel punto importante de la Regla nuestra, de no poseer libros propios, sino los manuscritos; cuidaba que no se sacasen de la biblioteca sino los libros duplicados, y los

demás se consultasen en el lugar mismo. Nadie pudo ofenderse nunca de la visita que él, según la prescripción del instituto, solía hacer a las librerías particulares: ¡con tanta gracia y buenos modales sabía pedir, y exigir lo que convenía por el cumplimiento de su deber! Los libros que en cada año se ofrecían al Superior en el día de su fiesta siempre fueron escogidos y procurados por su consejo, el cual siempre caía sobre libros de ciencias sagradas, de polémica, catequística, o alguna obra de los SS. Padres — Ni aquí está todo, porque siendo la Biblioteca el único salón de estudio para los Sacerdotes y Acólitos, supo él cuidar del exacto empleo del tiempo, de evitar los discursos inútiles, y constantemente procurar que se atendiese con seriedad y con espíritu a la adquisición de la ciencia eclesiástica.

CAPITULO VI.

Se le da el encargo de reproducir el Boletín Salesiano en idioma castellano; y empeño con que se dedica a esta nueva tarea.

Por estos breves rasgos, que hemos venido trazando sobre nuestro finado Hermano, ya se desprende que su carrera ha sido completa y luminosa. Con todo su

alcance era aun para mayores empresas, que poco a poco se iban desarrollando en esta Inspectoría Argentina. Un hecho de suma importancia para la Congregación, y que extendió su radio más allá del alcance de las casas actualmente existentes, fué el establecerse definitivamente la Asociación de *Cooperadores Salesianos*, según el reglamento y privilegios concedidos a Don Bosco por el Sumo Pontífice Pío IX de s. m. Con esto podrá en breve la Congregación contar con el nuevo y poderoso apoyo espiritual y temporal de estos *Terceros Salesianos*, atender a la educación de niños pobres más de propósito, y en todos los puntos; y comunicar su espíritu a tantos seglares, que aun en el mundo podrían efectivamente ser Salesianos de corazón y de obra. Mas para realizar este proyecto se precisaba un *órgano*, un medio propio y eficaz con el cual dar movimiento e infundir espíritu en todos estos nuevos miembros, dirigir todos sus actos y avisar las necesidades, que las varias partes del cuerpo salesiano sufrían. Todo esto debía hacerlo el *Boletín Salesiano*, ya ideado y establecido por Don Bosco en Europa: faltaba pues, redactarlo aquí también en el idioma del País. Pero ¿a quién hallar entre los Salesianos de esta casa, que pudiese encargarse de un trabajo tan difícil, y sin embargo tan necesario?

¿Dónde podría encontrarse un sujeto de entendimiento, de espíritu, y de requisitos competentes para esta obra? El sacerdote Paseri fué el único al cual se creyó apto para desempeñar este nuevo cargo de Redactor del Boletín. Es verdad que no debía ser este periódico sino una reproducción del de Turín; sin embargo la diferencia de necesidades y de países, y las circunstancias nuestras exigían también que se le diese alguna forma nueva y distinta, para lo cual precisábase conocimiento y criterio, sobre todo grande actividad en el nuevo Redactor. Fué pues trabajo éste de obediencia y de sacrificio, porque no bien llegaba el Boletín de Turín, al instante el infatigable Paseri poníase a la obra, y traducía al castellano todo lo que por su Superior se le indicaba: luego añadía las noticias locales y artículos que interesaban nuestras circunstancias actuales, o que sugerían las necesidades de los Colegios de América.

En breve el Boletín Americano empezó a tener forma conveniente, gracia a la actividad de su nuevo redactor: los Cooperadores se iban aumentando de número, se acercaban siempre más al Colegio, procuraban el bien de la juventud, entraban en las vistas del Salesiano, y participaban de su espíritu. Bastaba el aviso de una rifa

para Oratorios festivos ora de los niños, ora de las niñas educadas por las Hermanas Auxiliadoras, y luego se veía venir objetos de recreo, de devoción, y libritos de lectura, enviados por los benévolos Cooperadores. Se pedía un socorro para nuevas fundaciones, o para los pobres niños de las casas ya establecidas; y a los pocos días de repartirse el Boletín, llegaba a la puerta de nuestras casas el óbolo de la caridad de nuestros Terceros Salesianos; y muchas veces hemos visto distinguidas matronas de la capital llegarse a nuestros Colegios con sus fardos de ropa de diferentes estaciones, para abrigar los pobres niños y niñas de nuestros hospicios. ¡Oh a cuántas necesidades ha remediado hasta hoy el Boletín Salesiano! ¡Cuántos corazones han sido movidos a compasión de las miserias de la niñez! ¡de cuántas deudas nos ha aliviado! Todo esto lo debemos a nuestro malogrado Paseri, que supo tocar con su pluma las muy sensibles fibras del corazón de nuestros Cooperadores! El no hacía más que expresar lo que sentía y cuando hablaba en favor de la pobre niñez, fácilmente hallaban sus palabras el camino de otros corazones informados a los mismos sentimientos de caridad.... ¿Quién nos dará ahora otro Paseri que sepa perorar la causa de la niñez desvalida, pedir por ella el

socorro de la limosna y de la cooperación espiritual y temporal?.. Confiamos que desde el Cielo seguirá hablando con elocuencia más eficaz a los corazones de los Católicos: él será el ángel de la Providencia, que nos enviará por mano de personas caritativas los socorros de que más que nunca necesitamos.

El Boletín como Organo de la Congregación Salesiana tiene todos los fines del Instituto mismo; por esto su objeto es ofrecer lecturas religiosas e instructivas siempre dirigidas a llenar alguna moral necesidad en el pueblo. Para lograr tal objeto el industrioso redactor iba espigando en libros, opúsculos, o diarios católicos lo que mejor convenía para combatir un error, clamar contra un vicio, inculcar una virtud, hacer una obra de caridad, practicar un acto de Religión. Hemos visto llegar jóvenes a las puertas de nuestras casas, y decir resueltamente: Quiero ser Salesiano. Preguntábamos admirados: ¿Cómo conoció Ud. nuestro Instituto? ¿Quién le habló de nosotros? ¿Qué objeto tiene Ud. en pedir de entrar en nuestra Sociedad?— Por toda contestación se nos decía: He leído el Boletín Salesiano: he visto que aquí se educa la juventud pobre y desvalida, máxime con la práctica de religión, y en el humilde trabajo: a esto tengo inclinación. —Pe-

ro ¿dónde y cómo vió Ud. el Boletín? — Me lo prestaba para leerlo mi Párroco.. un Cooperador Salesiano... un Sacerdote muy amigo de esta casa... Esta conversación se repitió varias veces en la puerta de nuestras casas, y aquellos mozos hablaban de veras.. Dios los había llamado a nuestra pobre Congregación por el Boletín Salesiano; y la palabra que los llamaba, y que había hecho mella en sus corazones era la de nuestro querido Paseri. Estamos seguros de que cumplirá desde el Cielo la misma misión y nos traerá valientes jóvenes, para reemplazarlo en tantas ocupaciones, que dejó vacantes al salir de este destierro!

Nadie ignora que la Divina Providencia llamó en estos últimos siglos a su siervo *Don Bosco*, y por él a nuestro mínimo Instituto a propagar el culto del Sagrado Corazón de Jesús, y la devoción a María SS. Auxiliadora! Esta misión ha recibido el sello apostólico de los Pontífices Pío IX de s. m. y de León XIII gloriosamente reinante; se ha patentizado con dos templos monumentales en las dos grandes Capitales, Roma, y Turín; el uno consagrado al Divino Corazón de Jesús, y el otro a nuestra querida Madre María SS. Auxiliadora. Para propagar ambas devociones necesitábanse la predicación, relaciones de gracias extraordinarias, y aun milagrosas, obtenidas por

esta doble devoción. Esto lo cumple el Boletín Salesiano, de Italia, Francia y América. ¡Cuántas almas desoladas, cuántos enfermos, pobres y afligidos elevan sus corazones y espíritu al Corazón de Jesús, y a la mano piadosa de María, y esperan del cielo su consuelo, y su auxilio! El Boletín Salesiano hablándoles de estas dos grandes devociones de nuestra época, narrando las gracias, mostrando los medios para alcanzarlas, es el que despierta la fe, anima la esperanza, y aviva la caridad en los Cristianos: se renuevan entonces los milagros de la Vida de Jesús, y de los Santuarios de María: se curan las almas, se perdonan los pecados, se da la salud y la vida eterna; y poco a poco se va renovando la pobre humanidad hundida en el pecado, y en los males, que son sus consecuencias.

Esta es la misión del Boletín Salesiano: de estas dos grandes devociones fué ferviente propagador nuestro Paseri. ¡Con qué apasionado anhelo escribía las gracias del Corazón de Jesús y de María SS. Auxiliadora acontecidas en América! ¡Cómo sabía aprovechar toda ocasión para animar los fieles a esta devoción! ¡Con qué interés pedía limosnas para el grandioso templo del Corazón de Jesús en Roma! Sus últimos renglones tuvo la dicha de consagrarlos a esta obra; y puede decirse que él también llevó

no tan sólo arena, sino materiales de puro oro y de caridad, para aquel monumento que los fieles elevan al símbolo del amor divino del Hijo de Dios, que debe salvar una vez más el mundo entero, empezando por la pobre juventud. ¡Ojalá nuestro Apóstol del Corazón de Jesús y María Auxiliadora, abogue por nosotros ahora en el lugar de su descanso, y nos obtenga de cooperar a la propagación de esta doble devoción que encierra toda la esperanza de la salvación del mundo.

CAPITULO VII.

Es designado Director de la nueva Casa Salesiana y Capilla de Sta. Catalina V. y M.; donde cumple el sacrificio de su vida en favor de los niños pobres y desvalidos.

¿Quién no hubiera dicho, que llegando a este punto la vida de Paseri ya había llegado al término de su curso, que allí debía parar, ni podía entrar en otro círculo más extenso y más anchuroso? La Providencia de Dios sin embargo le quería llevar aun más adelante y darnos un compendioso resumen de toda la vida salesiana; quería elevar la lumbre y ponerla sobre el candelabro para que más luminosa resplandeciese ante los ojos de los que están en las Casas Salesianas, o que estando afuera, son Coo-

peradores suyos. Con este fin desde el mes de Marzo de 1884, cabalmente el primer día de la novena de San José, Patrono principal nuestro, presentóse un respetable señor, grande amigo y Cooperador nuestro, proponiendo a nuestro Superior de iniciar las tratativas, para que nuestra pobre Sociedad se hiciese cargo de la Capilla y Colegio de Sta. Catalina V. y M. atendidos por el largo curso de más de *veinte* años por el respetable Capellán, y celoso Cooperador Salesiano Canónigo D. Carlos Palomar. Conocido el bien que allí podía hacerse a las almas, máxime de la juventud, y tomando el parecer de nuestro Venerable Arzobispo, con su beneplácito y la bendición de nuestro Fundador y Padre Don Bosco, se trató de la nueva casa y se aceptó, designando desde ya al Presb. Paseri como Director de esa Capilla y Colegio. Este asunto desde su iniciativa tuvo el sello de las obras de Dios, porque no bien se resolvieron los Salesianos a aceptar dicha casa, surgieron mil dificultades, hasta desaparecer toda probabilidad de arreglo. Ya no se habló más de Sta. Catalina por un año entero, es decir hasta el nuevo mes de San José de 1885. Imagine quien puede las alternativas del corazón salesiano de aquel, a quien Dios por la voz de su Superior había confiado aquellas tiernas almas, que ya había visitado la casa, y

reconocido en aquellos cien niños la necesidad de ser cultivados en la religión y moral cristiana por una mano de padre. Desde entonces había abrazado en su corazón a aquellos nuevos niños, desde ya pedía al cielo poderse sacrificar para el bien de aquellas almas. A pesar de esto, por un largo año no se oyó una sola palabra del nuevo Director, que revelase ansiedad o impaciencia; tan sólo se oían en los principios términos de desconfianza de sí mismo, protestas de incapacidad, cuya sinceridad se vino a conocer por el inalterable sosiego de alma, con que esperó que la Providencia divina guiara los acontecimientos hasta caer la casa y la Capilla en manos de los Salesianos. Durante este largo intervalo de un año no se quedó inoperoso, sino que con oraciones y mortificaciones especiales, sabemos que iba solicitando la misericordia divina para que llegara el día en que corriese a abrazar y salvar las almas de tantos niños, como ya existían en aquel Colegio. Parecía que Dios de intento le había llevado varias veces, por encargo de sus Superiores, a ver aquel campo, para que se inspirara al celo y al sacrificio que su cultivo más tarde le exigiría. Impresionado pues por aquel espectáculo, volvía de aquella visita con el corazón acongojado, y decía a este o aquel hermano, en cuyas piadosas oracio-

nes más confiaba: «Rece, hermano por aquella casa de Sta. Catalina. ¡Oh! cuántos niños hay allá para instruir en la Religión!.. Cuántos, que necesitan confesar y comulgar!.. Aquella sí, que será una buena misión! ¡Qué bien se podría hacer!». Era este mismo el argumento de muchas Conferencias a los niños de la Compañía de San Luis, que por aquel tiempo dirigía. Solía comparar la dicha de un niño pupilo de nuestros Colegios, y la seguridad de todo peligro de que goza, con la condición de niños externos que no oyen nunca hablar de Dios, de su alma, del Cielo y de María SS. Los estimulaba a pedir a Dios para que pronto se abriese aquella nueva casa, prometiéndoles, como en premio, que les habría llamado a ayudarle en catequizar los niños, en servir a las funciones. En las horas de recreo después de algunas palabras de entretenimiento, luego golpeando las manos llamaba sus amiguitos, ora a hacer una visita el SS. Sacramento, ora a María Auxiliadora, ora a San José, a veces era un *Vía Crucis* para las ánimas ; y todo esto se ofrecía, para que pronto se abriese aquel nuevo campo de sus tareas salesianas.

Al fin Dios se dejó vencer por tantas súplicas. A mediados de Agosto nuestro Exmo. Mr. Aneiros, que tanto nos quiere, hízonos formal entrega de la Casa y Capilla,

y en un Jueves el Sacerdote Paseri auxiliado por un Sacerdote y un Acólito, se dirigieron a la nueva casa. La pobreza de aquella casa ya fué registrada, aunque no en toda su triste realidad, en las columnas del Boletín por el mismo Director que la experimentó. Varias casas salesianas poco a poco, según que las necesidades se hacían más apremiantes, iban cubriendo las más imperiosas exigencias, y con sacrificio se privaban de algún objeto, viendo que la nueva casa no lo podía esperar de otra parte, por no ser aún conocida por nuestros Cooperadores. Los primeros días, pues, fueron días de sacrificio y de abnegación, aumentados por la novedad de la casa, por la crítica situación de ponerse de golpe a regentear un colegio que ya contaba ciento treinta niños con tres clases, siendo tan sólo dos los maestros, y recargados con otras imprescindibles tareas. La responsabilidad delante del público y ante los parientes de los niños, entre los cuales no es raro en nuestros tiempos encontrar alguien que ya por sí mismo, ya solicitado por otros, quiera hacer oposición a un nuevo *Colegio de Padres*; la competencia, que se iba a pronunciar entre los colegios vecinos de sistemas opuestos, puso luego en apuros nuestro joven Director. Volvió pues a la clase, que desde algunos años expe-

rimentaba ser tarea muy trabajosa para su pecho débil, y quizás ya lastimado: se vinculó con dos horas de clase al día en un ambiente de aire húmedo, y sin ventilación y con poca luz, entre niños de toda clase, y de alcances sumamente distintos: no quiso aún hacer modificaciones para no excitar las susceptibilidades de los niños, y de sus padres: en fin cargó sobre sus hombros el *pondus et aestus.*

Su blanco y su fin era ganarse el corazón de los niños de todos modos, para acercarlos a la Iglesia y a la Confesión, cuyos saludables efectos no conocían, y cuyo pronto remedio se veía reclamado por la moralidad del Colegio mismo. Con este fin concertó con su Superior que el día 30 de Agosto, fiesta de Santa Rosa, para excitamiento de sus nuevos alumnos a la piedad, los niños del Colegio de San Carlos y de la Boca se reuniesen en la Capilla de Santa Catalina para hacer el *Ejercicio mensual de la buena muerte*, según la costumbre de nuestros Colegios. « Viendo este espectáculo mis niños, decía el buen Director de Sta. Catalina, se animarán a disponerse para la primera Comunión, los tendré más atentos y numerosos a las instrucciones y funciones de Iglesia, y será esto la iniciativa de un nuevo porvenir para este Colegio. » Este proyecto tuvo buen resultado: el día 30 de

Agosto al son de la banda musical atravesaba la Ciudad el Colegio Pío IX de Artes y Oficios, que contaba más de 200 niños y llegaba a Sta. Catalina en la hora en que llegaban otros 100 niños de la Boca, a los cuales se unía otro centenar de aquella misma casa. Cuatro confesores, entre los cuales el Rev. Superior y nuestro Paseri, confesaron toda esa falange de niños, que en seguida con ejemplar devoción se acercaron a la Sagrada Mesa: y asistieron a dos Misas en una de las cuales se hizo esta Comunión general que debía enternecer todos los circunstantes, pero más que todos a los sencillos y ya predispuestos corazones de los niños de Sta. Catalina, porque eran los solos que aun se veían privados de la dicha de comulgar. Las alegres piezas que tocó la banda musical, el entusiasmo de todos aquellos niños que por primera vez se veían reunidos en una nueva casa salesiana, un buen desayuno hecho aun más copioso y agradable por la generosidad de algunas personas vecinas de Sta. Catalina; acabaron con hechizar los discípulos del nuevo Director. Entre tanto éste, hallándose siempre en medio de sus niños, contestaba a sus curiosas preguntas, les daba explicación de todo, pero máxime de la función religiosa, de la Comunión General, excitaba sus deseos de recibir muy pron-

to la primera, poniéndoles por necesaria condición la buena conducta, la frecuente Confesión, y el asisir constantemente al Catecismo y al Oratorio Festivo.

Con esta función ya se había dado el golpe decisivo, y aquel colegio contaba desde ya el primer día de su vida salesiana; un nuevo vínculo unía inseparablemente los corazones de aquellos niños con el de su Director y por su medio con Dios mismo y con la Religión. El Oratorio Festivo de Sta. Catalina quedaba inaugurado solemnemente con aquel espectáculo, y niños de todas partes venían en los días festivos, traídos por la novedad de la cosa, pero más por la suavidad y cariño de su Director. Este, con el permiso de su Superior del cual dependía en las cosas aun mínimas, procuró luego que se plantease un juego completo de gimnasia, juego de bochas, hamacas, etc., lo cual fué todo costeado por personas caritativas; luego, auxiliado también por otros bienhechores, máxime por el dignísimo Cura Vicario de la Concepción, Canónigo D. Luis de La Torre, generoso protector de la Casa y Capilla, dispuso los bancos en la Capilla y en las clases de manera que no faltasen el orden y conveniencia; pidió auxilio de algún Católico que lo ayudara en los catecismos y asistencia del Domingo; y así vió florecer aquel Ora-

torio como un verdadero Jardín Dominical donde hallaban cerca de 200 niños el pan de la vida, es decir la instrucción religiosa y los SS. Sacramentos.

Desde la mañana hasta la noche en el día de Domingo nuestro Paseri no tenía descanso, ni se acordaba casi de sí mismo: catequizaba a uno, confesaba a otro; a éste le examinaba sobre la Religión, el colegio o la oficina que frecuentaba, a otro le entretenía para que no faltara más al Oratorio; luego atendía a las funciones públicas, como la Misa, Plática por la mañana, por la tarde otra instrucción catequística a los niños. En seguida para que a nadie faltara la comodidad de confesarse, en cualquier momento oía a sus pequeños penitentes y hacíalo en lugar abierto y patente, para que a otros también viniese la inspiracion de acercarse a este gran Sacramento.

Nadie piense que al saber el trabajo en que se iba sacrificando, los Superiores no le fuesen a la mano, y no le mandasen de moderarse, de fijarse sus horas, de tomar algún descanso; él lo prometía,y por cierto que su espíritu estaba dispuesto a obedecer, pero los niños no conociendo lo que es discreción, y viendo en él tan buenas disposiciones para hacerles bien, en cierta manera le perseguían, y no le dejaban otro reposo que la satisfacción de beneficiarlos en

cada instante con el sacrificio de sí mismo. Al ver pues este trabajo se conoció la necesidad de irle siempre asistiendo, para que no se dañara la salud; se le privó de seguir con la clase de Teología que él había deseado dar hasta concluirse el año; tenía el cargo de ir a confesar y predicar un día de la semana en el Asilo del Buen Pastor, y se le vino quitando poco a poco, aunque él sintiese mucho de dejar este ejercicio del ministerio, que le parecía el más provechoso y necesario por estar enfermo el Capellán de aquel Hospicio. Así mismo se le encargaba de no detenerse muchas horas confesando en la Casa de Expósitos; en la clase también se le prohibió de pasar más que una hora, y evitar la continua vociferación. Pero al paso que se le iba quitando por un lado el trabajo, él se lo veía nacer por el otro: ¿y quién puede detener un alma celosa de hacer bien al prójimo, cuando ve siempre a su lado alguien pedirle espirituales auxilios? Por más que lloremos su pérdida, siempre se nos ocurre a la mente la razón concluyente, que este Director, este buen Pastor debía sacrificarse por el bien de aquellas almas, y que su sacrificio fué voluntario y en los secretos de la Divina Providencia también necesario.

CAPITULO X.

Ultima tarea con que Don Juan Paseri terminó su carrera de religioso salesiano, y Director de Santa Catalina

Solamente la fuerza de una divina vocación bien correspondida puede infundir en un corazón tanto entusiasmo, como el que manifestaba nuestro Director de Sta. Catalina al hablar o tratar de sus escuelas, y de su Oratorio. En los días que venía a San Carlos, sea por la conferencia de moral, o por algún otro asunto, tenía mil novedades que narrar de sus niños, siempre nuevas satisfacciones y buenas esperanzas. En la mesa entretenía a todos, y a él solo se le dejaba hablar, porque se veía que lo hacía con el mayor gusto e interés, y su palabra llenaba de fervor a sus hermanos.

El fervor y transporte de caridad con que se había dedicado a esta misión de evangelizar a los niños pobres, no nacía de una natural inclinación, sino de un vivo espíritu de fe, por el cual ponderaba la preciosidad de las almas, prescindiendo enteramente del humilde y disgustoso exterior de aquellas criaturas rudas y trabajosas. Entre las demás ocasiones dió a conocer ese espíritu de fe de que estaba penetrado,

en los primeros días, en que hallábase en Sta. Catalina, cuando al visitar esa pobre casa con un Sacerdote, prorrumpió en estas expresiones: Mire Vd.: para educar a un solo hijo de un príncipe precisaría un grandioso palacio, muebles y alhajas preciosas, gran número de siervos, varios maestros y profesores de toda clase: con todo, el alma de ese príncipe no valdría más que la de uno de estos pobrecitos, que aquí tenemos, que sin nada de todo eso podemos educar para el cielo y para Dios con mayor esmero, que nada haría para el alma del más rico señor. ¡Qué dichosos somos los que educamos a los pobrecitos hijos del pueblo! No tenemos que perder tiempo y desperdiciar nuestras atenciones en ningún cuidado temporal: lo necesario lo da la Providencia divina, y lo suministra la caridad cristiana; lo superfluo nadie lo exige de nosotros!».

Pero su mayor afán era de ganar muchos niños y mozos, que tan sólo de vez en cuando veía pasar por su lado, sin poderles dar una completa educación religiosa, ni siquiera disponerlos a los SS. Sacramentos. Para esto suplicaba el Superior de aprobarle un plan de *clases nocturnas*, que él había ideado, y que su en concepto debían producir gran fruto entre los jóvenes de aquel barrio. Y un tal proyecto lo presen-

taba con tanto encarecimiento que, a no haberse tan pronto enfermado, se le iba a conceder aun a costo del sacrificio de deber mandar de San Carlos un maestro expresamente para esta nueva escuela. Lo que claramente notábase en esta nueva casa era el cambio total, y la mejora admirable de los niños, el afecto que iban cobrando a la casa y a los maestros, y sobre todo el espíritu moral y religioso que en ellos dominaba. No se podía alcanzar que por sola una hora del día el colegio o el patio estuviese libre de niños: aun en tiempo de la comida, alguno de los hermanos debía salir a vigilarlos, y a componer sus infantiles diferencias y altercados. Al amanecer ya se hallaba alguno en la puerta del Colegio o Capilla deseoso de entrar, y por la noche al oscurecerse el cielo era preciso intimarles varias veces que fuesen a sus casas, lo cual a duras penas se alcanzaba. Verdad es que nunca permitía el buen Director, que se mandasen los niños en cualquier hora que fuese ya por ofrecerles seguridad de los peligros de la calle, ya orque estas horas libres eran las más propias para tratar con los niños los asuntos del alma. En efecto, estos intervalos eran los que aprovechaba el prudente Salesiano para las confesiones, pues que no permitía que fuesen a la capilla en horas de clase y estudio

como algunos pedían, queriendo que fuese espontáneo y enteramente libre, máxime en los principios, todo ejercicio religioso.

El último trabajo agobiante que se impuso, fué el de preparar unos *setenta* niños, que ya tenían edad competente, a la *primera Comunión*. Para que esta primera solemnidad de su Oratorio Festivo fuese espléndida y edificante, habíase concertado de antemano con el R. P. Inspector para predicar un triduo de ejercicios espirituales en preparación a la solemnidad de Todos los Santos, día señalado para la función. Dedicóse pues con empeño a instruir en el Catecismo todos los que tenían mayor necesidad y hallábanse con mejores disposiciones: en cada día oía muchos en confesión general, a otros iba examinando e instruyendo en particular, porque no podían ir a la misma hora, mientras que no dejaba un punto de sus acostumbradas tareas. Al fin rendido por tanto trabajo, se sintió en la imposibilidad de atender a todo; mas nunca, hasta lo último, se rindió a la fuerza de la enfermedad para dejar de confesar, hasta llegar a la semana inmediata al gran día, en que debía saborear el fruto de sus trabajos, en la Primera Comunión de los niños que él habia venido preparando en unos meses seguidos con el mayor esmero.

El Domingo 24 de Octubre apenas le bastaron las fuerzas para celebrar la Santa Misa, terminada la cual tuvo que irse a la cama para no volverse a levantar. Desde el miércoles anterior ya habíase sentido muy malo, pero como la tos le atormentaba tan sólo de noche, y al levantarse le parecía que poco a poco iba cobrando fuerza y vigor, así no hacía caso a los principios de la enfermedad; y como si disimulara lo que había sentido para no aumentar el trabajo de sus dos hermanos, el mal se pasaba desapercibido. Conocido sin embargo su mal estado de salud por los Hermanos y Superiores, luego se le proveyó de la asistencia de un médico caritativo y de los remedios necesarios. El Inspector subentró en la tarea de dar cumplimiento a la obra, ya preparada por el celoso Director.

El jueves 28 de Octubre se dió principio a los Ejercicios Espirituales con plática a la mañana y a la tarde, a la cual asistía un centenar de niños, luego se dejaba comodidad a todos de confesarse; y en el último día mientras el Rev. P. Inspector confesaba con otro Sacerdote, se daba el último examen definitivo y las prácticas instrucciones a los catequizados que debían recibir la Sagrada Comunión.

El buen Director enfermo, viendo que ya se acercaba el gran día, a pesar de hallarse

muy grave en su enfermedad, no podía ya detenerse inoperoso, y desde la cama llamaba a éste para ver si en el examen había salido aprobado, preguntaba a aquél si tenía ya el permiso de su Confesor; dolíase por algunos que temía no se admitiesen, por miedo que no volviesen más, suplicaba que se mandasen de nuevo a confesar, recomendándolos al Confesor y al examinador; en fin estaba en tales ansiedades, que nadie las podía calmar. A los que le iban a ver no hablaba más que de sus niños, y de la Primera Comunión, y decía: «¡Ah si sale bien esta función, estoy contento! Pero tengo miedo que el tal niño no la reciba: fíjense bien porque ha hecho grandes esfuerzos para mejorarse; temo mucho que si no toma ahora la Sta. Comunión, no la tome más.» Llegó finalmente el día de Todos los Santos, y desde muy temprano veíanse ya unos setenta niños, andar por la casa y por la Capilla, pidiendo un Sacerdote con quien reconciliarse; al mismo Acólito que los asistía, preguntaban si el pecado que habían cometido era grave o leve; unos buscaban la vela, otros se ataban el moño al brazo, los más grandecitos estaban rezando, hasta que de San Carlos llegó el Sacerdote que debía reconciliarlos y darles la Primera Comunión. Entonces muchos se agolparon a su alrededor: reconciliáronse prontamente, y llenos

de santo entusiasmo y en una ansiosa expectativa se ordenaron en la Capilla. En la hora suspirada en que Jesús iba a apoderarse de aquellos juveniles corazones, conquistados por el enfermo Director, todos estaban mirando de hito en hito al altar; la pureza del alma, y el gozo del corazón veíanse pintados en sus rostros. Recibieron a su Dios, le entregaron su corazón, les hablaron las palabras que su mismo Director ya les había enseñado, y que les recordó el Sacerdote en el acto de comulgar; protestaron que no se separarían jamás de él; y es de creer que aquellas almas entraron desde aquel día en el camino del cielo en el cual su Director les iba muy pronto a preceder. Este era el fruto de los trabajos del Director D. Juan Paseri: la Confesión fué su constante trabajo entre los niños, y una primera Comunión de setenta niños fué la corona de sus heroicos esfuerzos salesianos. Este hecho debía ser, y lo fué en efecto, su mayor consuelo en su dolorosa enfermedad! ¡Oh gloriosa y envidiable suerte de un Salesiano ferviente! Empezar su carrera con catequizar y educar al niño, reconciliarlo con su Dios por la Confesión, llevarle hasta las gradas del altar, unir su corazón con el de Jesús su Criador y Redentor, en la sagrada Comunión y luego entonando el cántico del grande Anciano: *Nunc dimittis servum tuum ... in*

pace —volarse aí cielo! Esto sí que es el *concluir su carrera* para gloria de Dios, con provecho de las almas, y con la seguridad de la propia salvación! Dios conceda a todos los Salesianos de pronunciar del mismo modo que el Sacerdote D. Juan Paseri: *Cursum consummavi*. He concluido mi carrera, he llevado corazones a Dios, y ahora le entrego mi alma en el descanso eterno!

CAPITULO XI

Extraordinarias disposiciones del espíritu de Don Juan Paseri en la época en que le sobrecogió su última y mortal enfermedad.

¿Quién puede expresar lo que obra la gracia de Dios en un corazón que a El se ha dedicado desde la más tierna juventud y que siempre correspondió a su benéfico influjo, usando de todos los medios por los cuales la gracia misma se aumenta y se vuelve más fecunda? Apenas las parábolas del Evangelio sobre el místico *Reino de Dios* nos pueden dar una idea de estos misteriosos efectos duante la vida del justo.

Y nuestro Paseri era un justo que después de haber empleado toda su vida en cumplir con su vocación iba a cumplir el sacrificio de su vida en ara de la caridad

de su prójimo. Un acto heroico como éste debía tener sus antecedentes, o su preparación; la hallamos ésta en aquella caridad *pura y paciente* con la cual nuestro Paseri desde que fué Salesiano, amó a los niños. Fué puro su amor, puesto que no amaba más que las almas, y por fin de todas sus tareas de asistencia, de clase, de recreo y hasta academias y teatros tenía el hacer bien a las almas de sus discípulos; de aquí el no haberse jamás notado ni en su trato, ni en sus palabras, simpatías, particularidades, o familiaridad en demasía: el preferir los pobres rudos, y andrajosos de la calle era la mejor prueba de su amor puro, y el detenerse con ellos para enseñarles la religión indicaba que su caridad era la más sincera y espiritual.

Vimos un día acercársele uno de aquellos muchachos, que él solía convidar yendo en la calle para que le viniese a ver en el Colegio: al instante deja su breviario, y tomándole de la mano lo lleva a pasear por los corredores entreteniendo al niño con mil curiosas preguntas hasta llegar al punto del *rezo* y de la *doctrina;* luego como el pobrecito no sabía leer, le vino repitiendo dos largas horas las palabras del *Padre muestro* hasta dejarlo grabado en aquella memoria la más ruda y distraída. Entonces nuestro buen catequista con un largo suspiro, como de quien lleva a cabo una gran-

de empresa, volvióse luego a su breviario diciéndonos con una completa satisfacción: «Estoy contento! al fin le hice aprender el *Pater noster:* mañana confío que me aprenderá el *Credo*. Por hoy me queda aún todo el Breviario que rezar... Siquiera no he perdido el tiempo.»

Daba a conocer su pureza también con los recelos que siempre tenía sobre la moralidad de ciertos niños; la ansiedad con que relataba a los Superiores todo cuanto ofreciese sombra de inmodestia en alguno de los alumnos: y la eficacia de los medios con que procuraba que se remediase el mal, y que no se volviese contagioso. La misión de este buen Salesiano desde la clase que regenteó en Montevideo hasta el último directorado de Santa Cotalina, muestra que fué un verdadero mártir de la más bella de las virtudes, porque su mayor trabajo y anhelo ha sido simepre combatir la inmoralidad, que hace estragos entre niños abandonados, y llevarlos a la práctica de la virtud angelical. A esto se dirigían los Catecismos, Pláticas, Confesiones y Comuniones que promovía con tanta solicitud.

Otra contraseña de la pureza de su caridad era el ser universal; porque bastaba que fuese un niño o un mozo para que tuviese luego una palabra para él, y trabase íntima relación, y esto en una sola entrevista,

y con muy breve plática. En los varios puntos donde él estuvo ya tenía a sus amigos que eran a la vez sus catequizados, y sus hijos de confesión, y en camino para la Primera Comunión.

No basta pues llamar puro el amor de nuestro Paseri para con los niños; más bien *santa* debe apellidarse esta caridad que miraba únicamente a unir las almas a Dios, santificarlas por los Sacramentos.

La paciencia de este amigo de los niños era como proverbial entre nosotros; y nos admirábamos de su imperturbable paz, su tolerancia, su igualdad de ánimo cuando se hallaba entre sus picaruelos, que por mucho que cuidasen de no disgustarle, noa lcanzaban sin embargo a olvidar sus travesuras. No le conmovía sino la ofensa de Dios; en lo demás transigía de tal manera, que parecía olvidaba muy fácilmente las leyes de la disciplina, y disimulaba sus infracciones, cuando la observancia no parecía necesaria para granjearse la afición de los niños. Esta era la base del sistema con los niños del Oratorio Festivo; pero con los pupilos hacía esfuerzos para mostrarse más exigente, aunque su corazón expansivo, su rostro habitualmente jovial, y la familiaridad de su trato, ganaban sobre todos sus esfuerzos y no le quedaba otro resorte para alcanzar de los niños el orden y el cumplimiento

de sus deberes, sino la amenaza de disgustarse y de sustraer a esos queridos discípulos, las pruebas de su confianza y de su sincera amistad. ¡Oh viva imagen del Discípulo de San Francisco de Sales! Confesamos de haberte envidiado en tu paciente caridad, aunque muy lejos estamos de imitarte. Ahora más que nunca queremos imitar esta virtud, pues la vemos coronada con una palma que es algo parecida a la del martirio! Desde el cielo alcanzadnos de imitar esa *caridad pura y paciente*, que como destello del divino Corazón es la sola virtud que puede penetrar los corazones, educarlos y llevarlos al cielo.

Es claro que esa Caridad sobrenatural no habría podido prender bien en su alma sin que la hubiese hallado ya desprendida de todo afecto natural. Y en efecto hallamos que este tan deseado Hermano practicó la ley del desprendimiento evangélico en todo su rigor. Dejó su patria, sus parientes pobres, y hasta la esperanza de jamás volver a verlos; no cuidó tampoco de visitarlos antes de salir de Italia para América, pensando que estos lazos podían amarrar su alma e impedirle su vocación. Y a pesar de que la voz del mundo, y hasta los gemidos de la carne y sangre volviesen a acometerle, siempre permaneció firme en su *abrenuntio*, o no contestando las cartas o

hablando con tal constancia, que los que le solicitaban o lisonjeaban no volvieron más al ataque.

Aun más : llegó este desprendimiento hasta ofrecer a sus Hermanos como tema de burla y de risa por muchos días, y en público comedor el ofrecimiento, que le había sido hecho de una capellanía en su pueblo ; y entregó la carta, en que se le hacía tal propuesta a su Superior para que la hiciera pedazos, como un atentado contra su vocación, que estimaba en más que los reinos de la tierra ; en presencia de muchos de nosotros que admirábamos la ingenuidad, y constancia de su espíritu religioso.

Con todo bajo tan severo desprendimiento conservaba el más tierno cariño, y el más sincero interés para la salvación de los suyos. Una prueba la tuvimos, meses hace en ocasión de la muerte de su hermano. Había recibido el Paseri una carta de su Rev. Párroco en la cual se le daba el tristísimo anuncio de la muerte repentina de su hermano, caído de unos andamios donde estaba trabajando ; la herida era mortal y en la cabeza, y a las pocas horas ya había espirado. Imagine quien puede la desgarradora impresión que causó en el corazón de nuestro Paseri tal noticia. Se retiró a su cuarto, lloró a lágrima viva esa desgracia ; desahogó su corazón delante

del SS. Sacramento ; nos vino a mostrar la carta, y como no le bastaba el ánimo para leerla nos la entregó para que interpretándola le dijéramos, si del relato de esa carta se desprendía que su hermano se hubiese confesado. Procurábamos tranquilizarle, explicando la carta del modo más consolador, pero nada valió a devolverle la paz, hasta que recibió ulteriores noticias con que se le decía que había podido recibir los Auxilios de la Religión. Entonces mudóse la escena, y con aire risueño, y el mayor entusiasmo iba mostrando la nueva carta a los Hermanos, diciéndoles : «Mi hermano pudo confesarse ; tuvo tiempo para recibir los SS. Sacramentos. Esto sí que me consuela. Deo gratias !» De aquí se ve cuán puro fuese el amor que conservaba para sus parientes ; y cuáles intereses de su familia le estaban a pecho y le afectaban vivamente.

Todos estos caracteres de la caridad se hacían más sensibles en este justo que se acercaba a su fin, aunque él no se apercibiera de ello. Así parece que Dios iba desde algún tiempo preparando nuestro Don Juan Paresi a esta última transformación de su espíritu en Dios. Notábase esto en la paz de su alma, libre de ansiedades en obrar el bien ; ya descansaba de los deseos de saber, aunque siempre haya sido con res-

pecto a erudición eclesiástica. Tenía una vista clara, y una lúcida perspectiva sobre los asuntos de la Congregación, sobre la Misión Salesiana, que llenaba de admiración a cuantos le oían. Parecía que desde ya todo lo veía en Dios, todo lo quería en él y solo de él todo lo esperaba. Elevaba con sus conversaciones a los que con él hablaban, sin que ellos se apercibiesen, a pensamientos y afectos enteramente celestiales. Oh ! cómo juzgaba humildemente de sí mismo ! Condenaba inexorablemente sus avanzadas aspiraciones ; y con la mayor gratitud prorrumpía en acciones de gracias por pertenecer a la Congregación, y trabajar en el anchuroso campo que Dios a ella ha confiado !

La Divina Providencia, mientras le disponía a él con darle tal rectitud de juicios, tanta unción de espíritu y tan suaves sentimientos, ofrecía también a varios de nuestros Hermanos y Superiores comodidad de entretenerse con él aun antes de que cayese enfermo ; y les hacía leer en el alma lo que ahora sirve de edificación nuestra.

Andando un día, poco tiempo antes de enfermarse, de camino con un Hermano suyo, y hablando del modo con que se había fundado la casa de Sta. Catalina, decía : « En los principios, cuando se hablaba de la fundación de esta casa, me parecía que

al momento habría debido aceptarse ; pero ¡ qué bien la Providencia lo dispuso ! Entonces ni la casa de San Carlos podía disponer de sujetos ; ni los sujetos mismos destinados se hallaban preparados. Un año de espera lo preparó todo, y se fundó esta casa con muchas oraciones, con grandes deseos, con resignación, humildad y grande desconfianza. Ah ! es una gran locura el querer adelantarse a los designios de la Divina Providencia ! Hay que dejarse llevar por ella, y servirle fielmente ; sin querer que ella se acomode a nuestros apasionados designios. »

En otra ocasión se le oyeron estas palabras : « El deseo de hacer el bien, según nuestro gusto, y más de lo que Dios quiere, nos lleva a veces fuera de camino.» Y compadeciendo a los que no se conforman con el plan que Dios les propone para obrar el bien, decía ingenuamente: « Yo también he tenido tantos deseos de que se abriesen Oratorios, nuevas casas, y más grandes ; y de desempeñar este o aquel cargo, de seguir aquellos estudios, de profundizar más esta o aquella materia, con más tiempo, mejores libros y otros maestros que Dios no me daba.. Pero ¡qué locuras! *(son sus palabras textuales)* Por otro camino, que yo no pensaba, más corto y más provechoso, Dios me ha dado todos los medios para el cumplimiento de

mi misión, y me ha puesto en una casa, con Capilla la más frecuentada, donde puedo predicar y confesar con gran provecho ; un Colegio ya funcionando con *ciento treinta* niños ya grandecitos ; buenos hermanos que me ayudan. No tengo más que decir al Señor, sino : ¡ basta ! ¡ basta ! Señor... No me déis más, que más no lo podría llevar !.» — Encontraba un consuelo en estos recuerdos, con que juzgaba tan sinceramente sus años pasados y decía : « En medio de tantos deseos, nunca sin embargo Dios permitió que pensara, siquiera, en buscar otro camino para obrar el bien, que el que ofrece la Congregación. Y esto lo debo a mi superior que siempre me sostuvo en aquellas ansiedades, con las cuales fué trabajado mi espíritu.» Luego mostraba sentir mucho el grande error que otros cometen cerrando su corazón en estos casos con sus Superiores, disgustándose de las prácticas y reglas de su Instituto y preparando insensiblemente su apostasía primero del Director de su espíritu, luego de su superior local, en seguida del Instituto, y Dios no permita, que acaben con separarse aún de la católica religión, al menos en la práctica.

Oyendo estas expresiones nuestra admiración se hacía siempre mayor, pues no sospechábamos que aquéllas fuesen gracias

especiales concedidas a un alma que ya se va despidiendo del mundo ; visiones sublimes de un espíritu que ya va vislumbrando en Dios aquellas verdades que muy pronto contemplará claramente en el cielo. Hubo también quien quiso dar explicación del estado tan privilegiado de paz y de fervor espiritual de esta alma, diciendo que debía ser la asistencia del Angel de su nuevo directorado ; pero quizás era más aún el espíritu mismo de Dios, que iba perfeccionando aquella alma, que se hallaba muy cerca al término de su destierro.

CAPITULO XII

Ultima enfermedad de Don Juan Paseri; y piadosos sentimientos con que se dispuso a la muerte.

Cuando Dios hubo preparado el espíritu de su siervo, luego hizo que apareciesen en lo exterior algunas señales de su enfermedad ligera y repentina, que no fué más que diez y seis días, seis de los cuales los pasó en su casa de Sta. Catalina, y los demás en la Casa de San Carlos. El mismo manifestó que por la mañana hacía ya como unos cuatro o cinco días que al levantarse le daba como una especie de mareo y cansancio, que le obligaba a pasar

algunos minutos sentado en su aposento. Pero disimuló esta novedad y animándose con el pensamiento de sus tareas, salía luego a celebrar la Sta. Misa, y entregábase a sus ocupaciones acostumbradas sin hacer caso de algunos golpes de una tos profunda y repentina, que salía de su estragado pecho. Se le propuso algún remedio, y sobre todo el descanso, que aceptó tan sólo en parte dejando la clase y el catecismo, mas siguiendo aún con las confesiones de niños que iba preparando para la Comunión.

Al fin el día 24 de Octubre fué tanta la fuerza del mal, que apenas le permitió celebrar la Sta. Misa, y luego tuvo que ponerse en cama para no levantarse más. Rendido el cuerpo, no quería aún aflojar el espíritu, pues que sabemos que hasta el martes de aquella semana, iba preparando desde su lecho de dolor los niños a la Sta. Comunión, oyendo las confesiones de los que lo solicitaban, y dando instrucciones y consejos a sus alumnos, que continuamente y a tropeles le visitaban. Basta decir que los discípulos más grandecitos hacían ellos de enfermeros, y con tanto amor y discreción que no le dejaban solo un instante; unos iban a la botica a buscar remedios; otros le traían alivios y regalos que las caritativas Hermanas de Caridad del asilo Maternal le mandaban y otros iban a llevar este

o aquel recado, que el Director enfermo les encargaba. Era un cuadro piadoso y conmovedor, entrando en el cuarto del enfermo, el verle rodeado de sus niños, algunos a la cabecera dándole algún remedio, otros sentados a su lado, quién mirándole desde los pies de la cama, quién espiando desde la puerta, y los más chicos mirando por los vidrios de la otra puerta, que da al patio. Era un padre rodeado de sus hijos espirituales que presentían el acercarse de su dolorosa separación.

Parece que Dios le quería dejar asistir a la 1ra. Comunión de sus setenta discípulos en el día de Todos los Santos, acontecimiento con el cual había de concluir gloriosamente su carrera de Director de la casa de Sta. Catalina. En efecto en la noche de aquel día de conmociones se sintió agravado por la tos más obstinada, y los sudores que le debilitaban extremadamente. Al amanecer solicitó del médico el permiso de trasladarse a San Carlos donde habría podido ser asistido con mayor cuidado que en aquella casa nueva y tan reducida de personal. Dió pues su último adiós a aquellos niños que se agolpaban a su alrededor besándole la mano y muchos de ellos llorando; acompañado por un sacerdote y el hermano enfermero, que por dos noches le había ido a asistir, se trasladó en coche

a San Carlos, sin que se notara novedad alguna en su enfermedad. Era aquel Lunes el día de Difuntos, y en la hora en que llegaba nuestro Paseri a su casa Inspectorial se ponía de manifiesto el SS. Sacramento en la Iglesia por la Solemne Adoración de las 40 horas, en ocasión de la fiesta de San Carlos. El SS. Sacramento venía a santificar la enfermedad de aquel que con tanto celo había enseñado a nuestros niños a adorarle habiendo sido primer Director de la Compañía del SS. Sacramento entre los niños.

También San Luis Gonzaga quiso con un extraordinario recuerdo señalar su vuelta y su casa inspectorial de aquel que por dos años había dirigido la Compañía de San Luis; porque aquel día 2 de Diciembre era el *Tercer Centenario* de la renuncia del marquesado y despedida del mundo, hecha por el mismo Santo en 1585.

Alegróse el buen enfermo en conocer esta coincidencia, y oyendo el repique de las campanas: los toques que se daban en cada hora para el cambio de adoradores, los cantos y oraciones que se hacían en la Iglesia (pues que la enfermería linda con ella) unía sus fervientes súplicas y sus ardientes aspiraciones a las de la Comunidad y de los Fieles, y santificaba así las horas de su penoso sacrificio.

No bien se supo por la Casa de Almagro la llegada del querido enfermo, muchos niños se agolparon en su derredor besándole la mano y saludándole con cariño; mas alejándolos los hermanos que le sostenían de los brazos, retirábanse sus antiguos discípulos llenos de sentimiento y congoja por verle tan flaco y extenuado de fuerzas. En seguida fueron los hermanos uno por uno a verle y los niños de varias clases solicitaron con instancia el poderle visitar con sus respectivos maestros; lo mismo pedían los hermanos de las compañías del SS. Sacramento y San Luis que él había dirigido por largos años y aunque se les negara a muchos el permiso, sin embargo la mayor parte alcanzaron verle y hablarle, pues el enfermo quería tener la puerta de su cuarto abierta, y viendo pasar los niños que iban a sus dormitorios, él mismo los llamaba por nombre y les dirigía alguna palabra, que luego aquéllos iban a decir a otros, causándose un vaivén continuo, que ocasionaba gran trabajo al pobre enfermero. Estas visitas aumentaron aún en los días de la Solemnidad de San Carlos, en que se daba representación teatral, y varios de los antiguos alumnos y amigos de la casa quisieron ver a su querido maestro y tan estimado Padre.

Eran sumamente edificantes las palabras

que a todos decía, y dejaban grabada en todos la más saludable impresión. Hablando a un sacerdote hermano suyo le decía: « Es cierto que yo me procuré esta enfermedad. Pero a ver, cómo hubiera obrado otro que se hubiese hallado en mi lugar... Al salir yo de la clase, venía un pobre niño y me decía: Padre ¿no podré yo tomar la primera comunión? Preguntábale yo: ¿Sabes ya lo que vas a hacer? Sí, Padre, y allí se empezaba a explicar y examinar. Luego el niño pedía le confesara y era la *primera confesión*. En acabando de confesar aquél, venía otro; luego otros también. — Les decía: Volved mañana; y me contestaban: No podemos venir, tenemos que hacer mandatos, ir al colegio (pues una parte no venían allí), nuestros parientes no nos dejan en otra hora, etc. — En el día siguiente tenía que hacer una plática, y al concluirse, otros venían diciendo: Padre quiero confesarme, y era *confesión general*; éste llamaba a otros, y así se repetía la tarea del día anterior. Sentía yo la debilidad de mi pecho, la ronquera en la garganta, el calor y el frío en todo el cuerpo; pero veía aquella alma, y ¿cómo hacer? Los acólitos me decían que me moderara, pero ellos no eran confesores para descargarme de aquel peso de oir largas confesiones; tan sólo me aliviaban del Catecismo, y lo ha-

cían muy bien; pero el catecismo llamaba la confesión, y ellos mismos sin querer me preparaban el quehacer. » « ¿ Qué os parece pues ? añadía con cierta seguridad y satisfacción, tengo yo culpa en haberme enfermado ?» No nos quedaba más que tranquilizarle, diciéndole: « Ahora piense Vd. en sanarse; y después se procurará que el bien se haga sin que vuelva Vd. a enfermarse: Dios sabe bien que Vd. se ha sacrificado enteramente por él. — El fruto de su sacrificio ya lo tiene Vd. en tantas primeras comuniones, como las que se han hecho. » — Entonces pedía ansioso noticias de Sta. Catalina; cuántos niños había habido en la última fiesta del oratorio, si se habían confesado muchos, si los de la primera comunión perseveraban en su ferviente conducta, etc. Fué preciso que los superiores le ocultasen las necesidades de aquella Casa, porque demasiado afectaban su espíritu.

Un día sintiendo agravarse su enfermedad decía a un sacerdote de la Casa: « ¿ Quién sabe si me curaré ? » y luego suspirando añadió: « Oh! quién hubiese trabajado siempre por Dios ! » ¿ Y para quién ha trabajado Vd. hasta ahora ? (le preguntó ese Hermano) ¿ Acaso por el demonio ?... Ah no! contestó él; pero tengo miedo de no haber trabajado bien.... Y el otro: piense Vd. cuántos niños han pasado al lado suyo durante estos

ocho años de vida en América, a cuántos se les ha catequizado; a cuántos se les ha educado... Es verdad, decía entonces sonriéndose, y añadía: Y cuántos se han confesado! ¡Cuántas primeras Comuniones!

Este sí, que es el gran consuelo de un Salesiano.. ¿Pero quién sabe si perseverarán esos niños? — Esto no toca a nosotros; el bien se hizo y confiamos que la Misericordia de Dios lo tendrá en cuenta. » Estas eran sus meditaciones, sus consuelos en medio del dolor de su enfermedad.

En las enfermedades parece que el corazón se vuelve más sensible, la memoria y la imaginación más vivas; por eso en nuestro Paseri se excitaban muy vivamente los recuerdos de todo lo que amaba. Una noche pensó que tenía aún su papá y su mamá en Italia; y dijo al enfermero que le asistía: « Yo tendría un deseo. » ¿Y cuál? (preguntó el Hermano) « De dar un consuelo a mis Padres.... Vd. no sabe qué consuelo sería para ellos al ver a su hijo celebrar la santa misa... » El hermano que por dicho de los médicos, sabía ser ya muy grave la enfermedad le dijo: «Nuestros padres los veremos en el Paraíso... ¿No se contenta Vd. con eso? » « Sí, sí (contestó él muy alegre y satisfecho). El consuelo del Paraiso vence todos los consuelos de este mundo.... Allá nos veremos todos. »

Le conmovían mucho las visitas de sus hermanos, que eran muy frecuentes, aunque de pocos momentos para no fatigarle; los cuidados que para él se tomaban ya el enfermero, ya otros que le asistían, máxime el Señor Doctor Giraud, que le prodigó todos los auxilios del arte, y el célebre médico Reinault, que en particular consulta hizo las últimas tentativas de salvar su vida. Era entonces que con la mayor emoción decía ya a los Superiores, ya a otros hermanos: «Oh! cuánta caridad hay en esta casa... todos se mueven por mí... todos me dan consuelos y asistencia! Esta es verdaderamente la Casa *Madre!* ¡Qué dicha la de ser religioso»!.

Una mañana, al acercársele su enfermero, le dijo con mucho interés y ternura: ¿Sabe, hermano, lo que he pedido a María Auxiliadora? — Qué cosa?— Le he pedido, pero se lo pedí con todo fervor, y hasta con lágrimas, que, si es conveniente, me cure Ella de esta enfermedad, porque yo pienso que nadie más puede curarme, sino Ella sola... Veremos ahora lo que ella hará conmigo.» Al oir esto después de su fallecimiento dijimos con el profeta — *Vitam petiit a te; et tribuisti ei longitudinem dierum*:—«Pedía a María la *vida* y María le concedió la *vida eterna* , pues que la misericordia que le usó la Virgen SS. fué más

preciosa que mil vidas: *Quoniam melior est misericordia tua super vitas.*

Las palabras que dirigía a los niños que le visitaban, eran edificantes. A todos daba un buen consejo según que conocía necesitarlo. A unos preguntaba si hacían bien el *Mes de María*; a otros si iban a la adoración del SS. Sacramento o hacían la visita: a quién aconsejaba la frecuencia de los SS. Sacramentos, a quién preguntaba si cumplía con las prácticas de la Compañía, en que se hallaba inscrito. A varios en quienes había conocido disposiciones para el estado eclesiástico, dejó por recuerdo: Pide a María SS. que te haga Padre. Procura merecerte la gran gracia de ser un día sacerdote: sé piadoso, y estudia mucho». A todos decía que pidiesen a María SS., que le diese la santa paciencia, porque sufría mucho; y a algunos les dijo expresamente: «Pedid a la Virgen Auxiliadora que no me haga sufrir mucho, porque tengo miedo que me falte la paciencia y resignación.»

En efecto es difícil expresar cuánto tuvo que sufrir en sólo *diez y seis* días de enfermedad, que le consumieron enteramente la vida. Tuvo constantemente una fiebre abrasadora, con una sed ardiente, que no se le podía aplacar con ningún líquido o refresco. Habría deseado un poco de hie-

lo, pero los médicos no creyeron oportuno el dárselo, y él se resignó sin hacer instancias. De día y de noche le parecía estar en un horno encendido: buscaba aire y refrescos, pero por el sudor continuo que tenía, se le debía tener cerrada la ventana, ni se le dejaba aliviarse de cubijas. Para atacar la fuerza de la enfermedad, se le aplicaron tres cáusticos, uno después de otro en solos diez días, bastando apenas tres días para que se curara la herida de cada uno de ellos. El dolor le hacía rechinar los dientes, arrancábale gemidos y ayes lastimeros, sacándole lágrimas de los ojos que él quería comprimir y disimular. En el lecho de su dolor no hallaba una postura en que descansar un momento. Su paciencia sin embargo era inalterable y el mismo temor de perderla hacía ver claro que tenía gran provisión de ella, y que María Auxiliadora se la conservaba.

Su obediencia en la enfermedad era cual había sido durante toda su vida. Si alguien le proponía un alivio o le ofrecía algún calmante, preguntaba al enfermero si podía recibirle, y se conformaba con el juicio del mismo. Nada rehusaba de lo que el médico recetaba, o que le ofreciese el hermano que lo asistía. Tampoco tenía ansiedad de saber el juicio de los médicos, ni preguntaba sobre ellos; tan sólo iba fantasti-

cando sobre el volver a sus ocupaciones, y de esto también solía corregirse con un acto de conformidad y resignación.

Tenía los ojos a menudo fijos en un cuadro de María SS. Auxiliadora, que quedaba frente a su cama, la invocaba con jaculatorias, y en el último día de su vida, oyendo que algunos niños pasaban cerca de la puerta de la enfermería, con un objeto que tenía en la mano golpeó la mesita, para llamar su atención. Se acercaron aquellos jóvenes, y saludándole le preguntaron por su salud: mas él que ya casi no podía hablar, por única respuesta les señaló con la mano el cuadro de María y muy fatigado les dijo: «Sed devotos siempre de María Auxiliadora; acordaos también de mí que sufro mucho; pedidle que me dé paciencia».

La Víspera de San Martín hubo consulta entre los médicos, que pensaron hacer una última tentativa, aplicándole un cáustico. El enfermo dejó que se lo aplicasen sin decir palabra. Por la noche dándose los *avisos* a los niños, como se acostumbra antes de acostarse, se les dijo que rogasen a San Luis y a San José, para que formasen otra junta en el cielo, pues que la junta de los médicos de la tierra no había dado esperanza ninguna. Al poco tiempo los que estaban en el cuarto del enfermo

le oyeron decir como entre sueño, pero con voz clara : « San José, y las benditas Animas hagan lo que mejor les parezca. » Un amigo suyo le dijo también : ¿ No recuerda Vd. cuántas gracias de María Auxiliadora ha registrado en el Boletín Salesiano ? ¿ Por qué pues no le pide Vd. una de aquellas buenas, ahora que la necesita tanto? ¿ Cómo no ? contestó muy risueño el enfermo : ya le he pedido ; y estoy entendido con Ella que me la ha de hacer y muy grande !

Al aplicársele el último cáustico, vislumbró la gravedad del peligro que corría su vida, por la fuerza de la enfermedad, y las palabras de los médicos (a pesar de que éstos no sospechasen tan inminente su fin) y dijo : « Ya veo que ahora hay que pensar en sufrir, lo demás queda en manos de Dios : sólo María puede curarme. » Y cuando se le quitó el cáustico, dijo con entero abandono en los designios de la Providencia : Los médicos han ordenado tres cáusticos, y yo los he sufrido como mejor podía.

CAPITULO XIII.

Recibe los SS. Sacramentos; y suave y alegremente se entrega al descanso de los justos. Funerales y sufragios que se ofrecen por su alma.

El día 11 de Noviembre debía ser el último día de su vida, y parece que Dios quería llamarle a sí en un día lleno de dulces recuerdos; pues era la Fiesta de San Martín Obispo, principal Protector de la Arquidiócesis; Octava de San Carlos, titular de nuestra Iglesia y al cual nuestro Paseri había elogiado por dos años seguidos con elocuentes panegíricos; era el día quinto del Mes de María, día de Miércoles consagrado a San José, y el octavo aniversario de su venida a América. El día 9, él mismo había recordado con grande complacencia la bendición recibida en 1877 de S.S. Pío IX, y las palabras que él dirigió a los Salesianos.

Por la mañana del día 11, recordando que era el día San Martín, dijo a un Hermano, que le visitó: «Oh! si tuviese yo la paciencia y la resignación de San Martín!» Como había sufrido mucho durante la noche por el cáustico que se le había aplicado, no se le habló de si quería comulgar; pero habiendo descansado un poco,

díjole un Sacerdote si pensaba en el día de San Martín recibir la sagrada Comunión. «Es mi mayor deseo, contestó él; pero me dijeron que no pudiendo estar en ayunas, no la podría recibir». Se le hizo notar, que esto se había dicho en los primeros días de la enfermedad; pero que habiendo pasado varios días, y mejorándose, podría ya recibirle por Viático, pues la enfermedad parecía que iba a ser larga. Alegróse el buen enfermo al oír que en aquel día recibiría la Sagrada Comunión, pero por la Misa Solemne de San Martín se dilató el dársela hasta la tarde. Nadie sospechaba de peligro ninguno; el enfermo se hallaba mejor, la fiebre parecía haber desaparecido, cuando cerca de las doce dijo a los circunstantes: «Hoy a las *tres* iré con Jesús a padecer». Quiere decir a gozar, añadió el enfermero. «No, replicaba el enfermo, iré a sufrir con Jesús, porque él ha sufrido tanto por nosotros». Nadie por el momento hizo caso a estas palabras, y se tomaron como un piadoso desvarío; mas todos se fijaron cuando a las *tres* dió señal de agonía.

Al oír tocar las 12, él mismo rezó el *Angelus Domini*, como acostumbraba en los demás días; mandó saludos a los hermanos y niños de Sta. Catalina por medio de algunos que iban a enseñar el Catecis-

mo en aquel Oratorio, y se entretuvo hablando con los que le asistían. Fué visitado por el Superior, y otros Sacerdotes de la casa, mas nadie notaba proximidad, o peligro de muerte. Le avisaron que los niños del Colegio hacían Visitas y pedían por él al Sagrado Corazón de Jesús y a María Auxiliadora; que los Externos del Oratorio hacían el Vía Crucis para su curación, y a todos contestaba sonriéndose: «Muchas gracias, muchas gracias.»

Cerca de las dos de la tarde se notó que le subía el catarro, aunque tan sólo por momentos, y la respiración se hacía más fatigosa. Entonces se llamó al Superior, el cual le reconcilió, como él había pedido; otro Sacerdote preparó para administrarle el SS. Viático; corrió la voz entre los niños; y al momento se llenó la sacristía; todos buscaban velas para acompañar al SS. Sacramento; muchos se colocaron a la puerta de la enfermería. Entretanto el piadoso moribundo pedía con instancia: «Que traigan pronto al Señor... que no se demoren... ¿cómo va que no llaga aún?» Luego juntando las manos oraba en secreto. Llegó finalmente el SS. Viático y con grande devoción pudo comulgar, quedando por un buen rato recogido en sí mismo, y moviendo tan sólo los labios en acto de orar con profunda y muy sencilla devoción. Los niños, conmovidos, le

miraban y decían: ¡Con qué devoción ha comulgado!— Cuando hubo dado gracias, se volvió al enfermero; y con santa sencillez dijo: «¿Y para qué llamar tanta gente?—Para acompañar al SS.Sacramento, contestó uno.—Está bien, está bien; de lo demás aquí no hay ningún demonio, para echar. Desde el momento que los niños conocieron el peligro en que se hallaba su querido Maestro, no se alejaban más de la Iglesia, y con toda clase de devociones suplicaban a Jesús y a María para que le socorriesen del modo más conveniente en su extrema necesidad. Los Externos con los de las Compañías de San Luis, San José y del SS. Sacramento, de tal manera se alternaban, que por dos horas fué continua la oración espontánea y ferviente de los niños.

Desde el momento que recibió la Sagrada Comunión hasta el último instante no hizo más que repetir: «Ahora hay que estar alegre: tengo mucha gana de reir: estoy contento: estoy contento». Le preguntábamos: Pero ¿de qué está contento? De haber recibido a Jesús —de ser Salesiano—de todo estoy contento, (y añadía: no recuerdo más las palabras, no me puedo expresar).—Acto seguido decía: «Tened todo preparado, tened preparado». Fué entonces que viendo alguna señal de muerte en su rostro, se preparó la Extrema Unción, se le sugirieron varias jaculatorias,

en pronunciando las cuales pareció buscaba un lugar de descanso; y mientras decía— —ahora estoy bien—acudió el Sacerdote, y le dió la Extrema Unción, pues le veía desfallecerse—Se le rezaron luego las oraciones de la agonía asistiendo los Hermanos de la casa mientras los Alumnos del Colegio rezaban en la Iglesia las mismas preces con el SS. Sacramento de manifiesto.

Eran las 3 1|4 de la tarde, cuando al concluirse los rezos, como en un sueño dulce y apacible nuestro querido Hermano entregaba su bella alma a aquel Jesús, con quien había sufrido y por quien se había sacrificado, en la amable cruz de la vida religiosa. ¡Dichoso él que la llevó fielmente hasta la muerte, y pudo decir: *fidem servavi*— he sido fiel hasta el fin. Esto es lo que nos da ahora confianza para creer, que ya esté gozando de aquella corona gloriosa, que Dios tenía preparada para él, y para los que imitan sus virtuosos ejemplos. —*In reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi Deus, non solum autem mihi sed et iis qui diligunt adventum ejus.*

Fué tan repentino el golpe de muerte que nos arrancó nuestro querido Hermano, que no dejó tiempo para disponer los honores fúnebres que se le debían. Sin embargo esta misma imprevisión sirvió para hacer notar más el amor que todos le tenían, por

los esfuerzos con qué de todas partes se contribuyó a que sus sufragios fuesen decorosos y hasta espléndidos.

Desde el instante del inesperado fallecimiento quedó trastornado el horario del Colegio. Siendo día de fiesta, no tocó la campana ni para el Catecismo, ni para el estudio, ni para las vísperas. Doquiera se oía, «el P. Paseri acaba de fallecer»; luego se repetían sus últimas palabras—*estoy contento: estad alegres: sed devotos de María Auxiliadora; a las tres iré a padecer con Jesús.*

El pensamiento de la muerte y de la eternidad no se mostraba con colores tan horribles, como de ordinario; todos quedaron pensativos y tristes; pero nadie prorrumpió en lamentos, o voces de lástima y congoja; la muerte se había manifestado muy dulce y apacible, y hasta envidiable. Se contaba por todos como una gracia de María SS. el haber alcanzado en menos de una hora a administrarle todos los SS. Sacramentos y auxilios de N. S. Religión, a pesar de no haber conocido nadie el peligro tan inminente de la muerte.

Decían algunos: Dichoso de él, que estaba ya preparado para este paso; porque de otra manera no habría tenido tiempo, puesto que no se apercibió de morir, ni en le punto mismo de la muerte (ya que

a las 12 él mismo hablaba de otros enfermos, que pensaba no se curarían; y contaba con poderse levantar después de tres días !) -. Otros añadían. A no haber estado en una casa religiosa no habría por cierto podido recibir los SS. Sacramentos, porque la enfermedad nos lo arrebató en un momento : ni los médicos pudieron conocer el peligro tan próximo. Los Superiores mismos no podían volver en sí del asombro, y decían no saber quién los había movido a darle todos los auxilios, cuando nadie de ellos pensaba que tan pronto se iba a morir. Era pues en toda la casa un continuo hacer actos de admiración, dar gracias a María SS. y pensar seriamente a su propia alma.

Llevados por estos pensamientos todos los Hermanos y niños pasaron las largas horas de la tarde en hacer Vía-Crucis, y rezar Rosarios para el difunto Sacerdote.

Se creyó luego conveniente que los niños saliesen a dar un corto paseo, hasta que se preparase todo para el velorio. No hubo tiempo para comunicar nuestra pérdida sino a la Curia Eclesiástica y a las Familias Religiosas de Buenos Aires: al mismo tiempo se mandaron telegramas para dar aviso a las varias Casas Salesianas de América, y solicitar los sufragios para el querido finado. Doquiera esta noticia cau-

saba el mayor dolor mezclado a una fuerte admiración; todos deploraban la gran pérdida hecha por los Salesianos, y se notaba luego lo difícil de sustituir otro sujeto en los cargos que dejaba vacíos este hábil Religioso. ¿Quién será Director y Capellán de Sta. Catalina? ¿Quién se ocupará del Boletín Salesiano? ¿Quién leerá Teología a los Acólitos? etc. Sin embargo la Virgen SS. en su mes, ha dado el golpe y abierto una llaga en este instituto salesiano, que es obra suya; Ella curará la herida, y llenará el vacío. Esta es toda nuestra esperanza!

Al anochecer bajáronse los restos del llorado Sacerdote a un cuarto inmediato a la Iglesia (ya que los decretos municipales no permiten velarlos en lo interior de los templos); y allí se empezó por todos los de la casa un velorio continuo y numeroso, al paso que era del todo voluntario y espontáneo. Turnábanse al principio de hora en hora y en seguida de dos en dos horas hasta el amanecer del día siguiente. No hubo casi momento de interrupción; un doloroso silencio reinaba en los intervalos del rezo: tan sólo oíase una que otra palabra sobre las virtudes del difunto, y algunas de aquellas involuntarias sentencias que se escapan tan naturalmente al contemplar el cuadro de nuestros futuros destinos. En los dormitorios se esperaba con impaciencia la

hora de ir a pagar el último tributo de gratitud y de amor al maestro que tanto se había desvelado por sus discípulos; varios no quisieron salir del velorio al acabarse su turno, y muchos mezclaban al rezo las lágrimas de la conmoción, y los suspiros de su corazón afligido.

Al rayar el alba llegaban ya a San Carlos algunos Sacerdotes para tomar parte en el Oficio fúnebre que debía empezar a las 9; a pesar de no haberse mandado aviso sino a muy pocos, la noticia de nuestra dolorosa pérdida había corrido de boca en boca; y muchos Cooperadores, varios personas religiosas, de distintas comunidades, visitaron al difunto. Hemos presenciado tiernas escenas de dolor al rededor del féretro: para alcanzar un recuerdo del Piadoso Salesiano le fué cambiado el Cristo que tenía en las manos; le fué sustituido con otro su rosario, muchos le besaban las manos, y recordando sus virtudes y sus palabras, le pagaban el tributo de su dolor y de su estimación.

Mons. Espinosa, Vicario general de la Arquidiócesis, que personalmente conocía y estimaba en mucho al joven Director de Santa Catalina, vino a visitar al difunto y rezarle el Responso; hizo él mismo las diligencias para tumularle en la bóveda del Panteón del Circo Argentino, y nos comu-

nicó la orden dada por Su Señoría a todas las Iglesias de la Ciudad de doblar las campanas a la hora del entierro; distinción que muestra el aprecio, en que tenía nuestro Rdo. Prelado al difunto Salesiano, y favor por el que quedamos a Su Sría. eternamente agradecidos.

A eso de las 9 se dió principio al solemne funeral en el Templo de San Carlos. Asistían, además de esta Casa Salesiana, Hermanos y Sacerdotes de la Boca, Capilla Italiana y de Santa Catalina; las Hermanas de María Auxiliadora, Dominicas y de otros Institutos; algunos Cooperadores Salesianos, varios colegios de niñas, y devotos feligreses. Cantóse el Oficio de Difuntos, y luego la Misa fúnebre con el acompañamiento de la Banda musical del Colegio; varias piezas fúnebres aumentaron la conmovedora sensación que producía aquel acto religioso; fué tal el sentimiento que se experimentó, máxime en el momento de la absolución del féretro, que á muchos arrancó lágrimas de conmoción y de dolor. Dios ciertamente recibía en aquel momento el sufragio que el niño pobre y desvalido ofrecía en recompensa de la caridad que el bondadoso Sacerdote le había prodigado en bien de su alma! Si aquella alma necesitaba plegarias y obras satisfactorias, en aque día y en aquellos solemnes momentos recibía las más puras y las más copiosas; y Dios

en su divino tribunal ha de haber retribuído copiosamente la caridad y el sacrificio de nuestro tan deseado hermano.

Si tiernas habían sido estas pruebas de amor y de gratitud ofrecidas al buen Salesiano, que acabábamos de perder; mucho más conmovedora fué la última despedida de sus mortales despojos en la hora del entierro. A las tres de la tarde preparábase para salir el fúnebre convoy a la puerta de San Carlos. Las corporaciones religiosas de los Franciscanos, Dominicos, Jesuitas y Bayoneses estaban representados por varios individuos de las distintas comunidades; los Salesianos de las diferentes casas de Buenos Aires, y varios Cooperadores asistían; y una numerosa concurrencia de feligreses y personas piadosas desfilaban por uno y otro lado de la calle; mientras al son de fúnebres piezas musicales procedían el Inspector Provincial nuestro, con el Superior de los Bayoneses y otros cuatro Religiosos de diferentes familias, llevando a pulso el ataúd, que encerraba los preciosos restos de nuestro finado Paseri.

Era un espectáculo conmovedor ver tantas personas de distinción prestar este público y cordial homenaje a este tan joven campeón de nuestro Instituto; muchos con el Rosario en la mano unidos en ferviente oración, algunos secándose las lágrimas que

furtivamente regaban sus ojos; otros tentando de acercarse al cajón fúnebre, para dar el último saludo a esos mortales despojos: los músicos mismos parecían sacar en aquellos momentos las notas de sus corazones más que de sus instrumentos, pues mientras hacían llorar a otros, derramaban lágrimas ellos mismos.

Habiendo caminado así por dos cuadras, llegó el fúnebre cortejo a la calle Rivadavia; colocóse el precioso depósito en el carro mortuorio, y un doloroso saludo acompañado por un llanto general y por los más profundos gemidos separó para siempre aquel buen padre de tantos niños externos y pupilos, que le debían su vida espiritual. Experimentóse en quel momento una dolorosa sensación tan íntima, que jamás se olvidará; y el recuerdo amable del Sacerdote Don Juan Paseri hundióse más en todos los corazones, de tal manera que nunca jamás podrá desaparecer de la memoria de sus Hermanos y Discípulos.

Otra escena parecida a ésta iba a producirse en el cementerio de la Recoleta. Allá habían ido a esperar la llegada del convoy fúnebre los niños estudiantes del Colegio Pío IX, quienes habiendo disfrutado más de la benéfica misión del malogrado Paseri, querían ser los últimos en darle el extremo saludo y tardar lo más que fuese

posible en desprenderse de la vista de sus restos mortales. ¡Qué tiernos recuerdos en aquel paseo! ¡Cómo aquellos niños con su sencillez e inocencia iban narrando los hechos, y recordando las palabras de su finado Maestro! Era la perfecta alabanza y el elogio infantil el más sincero y afectuoso! Podía decirse con verdad: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem.* Contábanse allí los años que se habían pasado con él: quién se gloriaba de haberle tenido por Maestro, quién de Asistente, alguno de haber sido dirigido como cofrade de una Compañía, otro como alumno del Oratorio festivo; varios de haber sido educados como simples alumnos, luego como acólitos, y al fin haberle tenido por Hermano por la profesión religiosa. Esas eran las flores que se esparcían por el camino donde iba a pasar el exánime cuerpo del bienhechor de la juventud pobre y abandonada. ¡Dichosos los que tienen tal clase de acompañamiento fúnebre! No el ruido de los coches, no el resplandor de las antorchas, no el fúnebre aparato; sino las bendiciones del niño, los sufragios del menesteroso y las alabanzas del justo, son las flores que no se marchitan y que suben y acompañan al alma al tribunal del Eterno Juez, y al descanso de la Gloria celestial.

No bien vióse llegar el carro fúnebre,

que los niños y hermanos rompiendo las filas, prorrumpiendo en voces de sentimiento y a la vez de satisfacción fueron a encontrarlo, lo rodearon, y siguiéronle con respeto y conmoción hasta llegar frente a la iglesia. Allí bajó del carruaje el precioso depósito, que fué sostenido por varios Sacerdotes Salesianos, Dominicos y Franciscanos, que le llevaron a pulso dentro del Templo hasta el altar donde el Superior de los PP. Bayoneses rezó el último responso, asistido por el Señor Canónigo y Vicario de la parroquia del Pilar con su Capellán y demá s Sacerdotes que formaban el fúnebre cortejo.

Concluído este último rito, los mismos sacerdotes cargaron de nuevo con el ataúd, y llevaron al difunto hasta su última morada. Abrióse la bóveda de los sacerdotes, y los restos de aquel nuevo campeón bajaron a aquella silenciosa mansión de la muerte para aguardar el último de los días en que participarán del premio del cual confiamos que el alma desde ya disfrute en el Cielo. Nuestros ojos y nuestro corazón siguiéronle hasta el fondo de aquel sepulcro, y al cerrarse aquella bóveda pareció que en nuestro espíritu se abría un vacío tan profundo, y una extrañez tan pesarosa que no podrá jamás quedar harta ni satisfecha.

Si estos oficios que se cumplieron al rededor de los restos de malogrado Sacerdote

muestran la ternura del afecto de los que le conocieron; mucho más esto se revela por los sufragios que siguiéronse a ofrecer para el eterno descanso de su alma. Varios Colegios Salesianos solicitaron el permiso del Superior Provincial para celebrar funerales extraordinarios; en los varios Institutos donde el finado había ejercitado el ministerio de la confesión y predicación se ofrecieron repetidos veces comuniones generales, Rosarios, Vía Crucis; y llegó a tal punto esa caritativa porfía de ofrecer sufragios, que las niñas de una de esas Casas de educación nos enviaron la limosna de *diez Misas* para el alma de su finado Capellán. Los alumnos del Colegio Pío IX no debían dejarse vencer por nadie en su generosa y grata manifestación; desde luego los niños de la Compañía de San Luis organizaron una subscripción para un decoroso funeral en sufragio del alma del finado Director de su Cofradía. Muy pronto con loable emulación reunieron firmas y oblaciones los Cofrades de la Hermandad del SS. Sacramento; determinaron hacer un segundo funeral con asistencia de los hermanos de Compañía en corporación, y bajo su respectivo estandarte. Uniéronse a estos los Alumns Externos, y con sus ofrendas voluntarias alcanzaron a preparar un tercer oficio fúnebre en favor de su finado Direc-

tor. De esta manera dióse principio a este Triduo de oficios y Misas fúnebres el 1º de Diciembre, Martes, y siguióse por el miércoles y jueves llegando la piedad de estos agradecidos discípulos a ofrecer un ejemplo de amor y gratitud que ha producido saludable edficación en todos los fieles que presenciaron estas funciones tan religiosamente cumplidas por los niños mismos.

¡Oh alma afortunada, recoge pues el fruto de tus trabajos. Dichoso eres porque has sembrado en un campo virgen, y en buen terreno, has trabajado para llevar a Dios las almas de estos pequeñulos por el catecismo y los Sacramentos: has tenido el consuelo de verlos entrar en la *vida de la gracia*. Estos mismos te dan ahora en recompensa los sufragios de la Oración y Sacramentos, para hacerte entrar en la *vida de la gloria*. Tú en retorno, desde ese lugar donde la caridad se perfecciona, renueva tus esfuerzos para que llegue a madurez el fruto de tu afanosa solicitud, y alcánzanos a todos el descanso de la eterna Gloria.

CONCLUSION

Alguien se admirará del empeño, con que se ha querido bosquejar y publicar la breve historia del sacerdote Don Juan Paseri. ¿Para qué poner de relieve obras que no tienen nada de extraordinario? ¿Quizás se quiere hacer un Santo y presentar a la pública veneración de los fieles todo Sacerdote o religioso que cumple con sus deberes? Contestamos (previniendo la crítica y la admiración de esos tales, si los hubiese), que las acciones menos extraordinarias son más imitables, y con mayor provecho se inculcan entre los Cristianos, que las que únicamente pueden admirarse. Hay virtudes, cuya práctica interesa sumamente en la época difícil por que cruzamos, y que nunca se inculcan lo suficiente. La *cristiana educación de la niñez pobre y desvalida* es una misión demasiado importante, y muy desconocida en nuestros días, y (se nos permita decir) también en este país: hay muchos que ignoran los medios y recursos más propios para prestar ese gran servicio a la Religión y a la Sociedad: otros se encuentran que trabajan con provecho, que han escogido esta tarea como una especial misión, pero necesitan aliento, compañeros y recursos. ¿No será pues un servicio ren-

dido a la Sociedad y a la Religión dar a un Misionero de los niños pobres un poco de aquella alabanza y publicidad, que cada día vemos darse sin consideración y sin medida alguna por los enemigos de la Religión a personas y cosas que no valen la pena, o que son decididamente malas y perjudiciales? Servirá nuestro esfuerzo cuando menos a paralizar algún tanto el triste efecto de esas publicaciones.

Mas a nuestros Hermanos y Cooperadores, a quienes propiamente dirigimos estos rasgos de la vida de nuestro tan llorado y deseado Paseri, creemos hacer obra muy agradable con ofrecer a su imitación el cuadro de un Salesiano que llevó grabado en sí el espíritu de su Institución, y honrosamente llevó ese nombre. Recíbanlo como un precioso ramillete de virtudes salesianas, que Dios mandó a la tierra, para que embalsamara los aires con su fragancia, y deleitara la vista con sus vivos y variados colores, y luego retornó al cielo para hermosear el trono de María su Divina Madre, en el mes que por estos países es *mes de las flores* dedicado a la Virgen Inmaculada.

Este ramillete de virtudes se compone de su humilde y suave *Obediencia*, del rígido *desprendimiento* de las cosas y personas del mundo, y entre estas flores descuella la belleza de la *Caridad* pura, perseverante y pa-

ciente para con la niñez pobre. Una tierna y perseverante piedad, exactísima en todas sus prácticas, es como el estrecho lazo de una variada cinta que tiene firmes y da solidez a esas flores e impide que se malgasten y desperdicien. Y como el orden y variedad en las flores por su hermosura, causa alegría, hemos experimentado, que nuestro finado Hermano con la práctica de sus virtudes era la alegría de toda la casa, y cumplía en sí exactamente la que Don Bosco dice del Salesiano piadoso y observante: « Mientras que perdure en nosotros el celo y fervor en observar las prácticas de piedad, nuestro corazón hallaráse con todos en perfecta armonía y veremos al Salesiano *alegre y contento* de su vocación. » Las últimas palabras pues del piadoso Salesiano: « hay que estar alegre! estoy contento: estoy contento! » no fueron más que el cumplimiento de la previsora y bien segura promesa de nuestro finado Padre Don Bosco. ¡ Ojalá podamos tener esa sonrisa y esa palabra de alegría en los labios, señal de la piedad de nuestros corazones durante la vida; y con esa muerte dulce y apacible pasar al gozo de los Angeles en el Paraíso.

Suba pues la suave fragancia de ese ramillete de virtudes al trono de Dios y de María Auxiliadora; pero quede su memo-

ria agradable entre los Salesianos y sus Cooperadores, para que en sí las reproduzcan y vea con complacencia nuestro anciano Padre y Fundador, Don Bosco, que este suelo americano no es estéril, y muy bien pueden aquí alimentarse y florecer las plantas, que cariñosamente él educa en su delicioso verjel de Turín y de San Benigno.

A. M. D. G.



1-1140

INDICE

Capítulo I	Página	4
Capítulo II	»	14
Capítulo III	»	22
Capítulo IV	»	33
Capítulo V	»	41
Capítulo VI	»	53
Capítulo VII	»	60
Capítulo VIII	»	70
Capítulo IX	»	77
Capítulo X	»	87
Capítulo XI	»	100
Conclusión	»	116

1-1140

El Cristiano guiado a la Virtud

y a la cultura social según el espíritu de San Vicente de Paul, en rústica cuarenta centavos, en tela ochenta.

Vida de San Luis Gonzaga

Por el *P. Pedro de Ribadeneira*, veinte centavos cada uno, quince pesos el ciento y ciento veinte pesos el mil.

Rasgos biográficos de Luis Comollo

joven Seminarista: escrito por su Condiscípulo *Don Juan Bosco*, fundador de la Pía Sociedad Salesiana, veinte centavos cada uno, quince pesos el ciento y cientoveinte pesos el mil.

Una vocación contrariada

Por *Carlos M. Viglietti*, treinta centavos cada uno, veintidós pesos el ciento y ciento noventa pesos el mil.

Estos tres últimos son preciosos libritos muy adecuados para la formación moral de la juventud y su difusión entre los niños redundará en bien de la Religión y de la Sociedad.

Para pedidos dirigirse a esta Librería
San Carlos 4050 ——— Bs. Aires

NUEVAS PUBLICACIONES MUSICALES

del R. P. Aquiles Pedrolini

Homenaje a la Bandera Argentina

Canto patriótico, de magnífico efecto. Consta de un hermoso *Coro Marcial* que con acompañamiento de banda, se ejecuta admirablemente para actos académicos y desfiles. La recitación de unos versos, se alternan con el canto de dos *Solos* que representan un *Saludo* y un *adiós* y el *Dúo* que sigue al final del Recitado forman un conjunto grandioso que termina con las segundas palabras del Himno Marcial antes mencionado.

El Final de la Función

OCURRENCIA MUSICAL

Es una pieza muy linda y graciosa. Se presta para cerrar brillantemente una función teatral. Consta de tres números de música; en el primero se discute el resultado de la función, y como no puede llegarse a una conclusión elige a un árbitro; en el segundo recitanse unos versos y se cantan unas estrofas elogiando el sonido de las diantas que han de mitigar la impaciencia producida por la discusión; en el tercero concluyen otros versos con el sonido de las damas.

EN PREPARACION

EL PEQUEÑO BELGRANO — A Zaragoza

CAMPANAS FESTIVAS — A Coro y Solos

Para pedidos: a la Librería del Colegio Pío IX, San Carlos 4050 Bs. As.